



*Brasil,
infierno
y paraíso*

Sergio Berrocal



Reportaje

Brasil
infierno y paraíso

Sergio Berrocal

ḿ

Reportaje

PARA SABER MÁS

Si está interesado en obtener una información complementaria sobre este libro y sobre el autor, y conocer las opiniones que ha suscitado entre los lectores, así como los sitios donde se tratan informaciones relacionadas con el tema que plantea el texto, le recomendamos que visite el sitio:

<http://www.librosalacarta.com>

© Sergio Berrocal, 2002.

© Foto de portada: Tony Berrocal

© De esta edición:

Minor Network, S.L. Editorial digital, 2002.

c/ Orense, 81. Urb. La Cabaña.

28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid).

E-mail: info@librosalacarta.com

<http://www.librosalacarta.com>

ISBN: 84-95673-81-9

Depósito legal:

Imprime:

Este texto está protegido por las leyes y tratados internacionales sobre derechos de autor. Por tanto, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida por cualquier sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

EL LLANTO DEL CORONEL	7
A MODO DE ADVERTENCIA	17
EL SUEÑO DE PELÉ	19
LA BOLSA O LA VIDA	31
EL HONOR PERDIDO DE LA IZQUIERDA	39
LOS CURAS «IZQUIERDISTAS» ASUSTAN AL PODER	49
LOS CAMBOYANOS ROJOS BRASILEÑOS	61
LA TELEVISIÓN NO ES EL ESPEJO DEL ALMA	67
CUATRO MILLONES DE SANTOS INOCENTES	77
JESUCRISTO, ESPERANZA PARA LOS DESESPERADOS	87
BRASILIA, CAPITAL DEL FUTURO PASADO	95

EL LLANTO DEL CORONEL

Las treinta y seis mil escamas de cerámica de la cúpula amarilla y verde del Teatro de la Opera, una réplica de la de París, relucían en la noche azul cuajada de estrellas de la selva de Amazonía, donde pese a la civilización impuesta a principios de siglo por los barones del caucho los ojos acerados de los yacarés, los temibles cocodrilos brasileños, flotaban entre dos aguas y las anacondas acechaban el paso de una vaca perdida. Unos y otras ya estaban habituados a aquellos extraños graznidos que por lo menos una vez por semana salían del interior del teatro, cuando la orquesta sinfónica cuadrada con músicos del otro lado del mundo, la ex Europa comunista, acompañaba a cantantes de las más variopintas nacionalidades. Había corrido mucha agua por el río Amazonas desde que se inaugurara este insólito monumento a la música. Había sido el 31 de diciembre de 1896 cuando la sala cuajada de oro era invadida por primera vez por los barones del caucho y sus invitados. Ellos fumaban puros importados de Cuba en el salón noble mientras ellas imitaban a los papagayos de la selva entre risas y chismes.

Más de cien años habían transcurrido ya desde aquellos tiempos esplendorosos, arruinados por pérfidos británicos que se habían llevado alevosamente el cultivo del caucho al lejano Oriente, dejando el teatro casi a punto de ser tragado por una selva cuyas interminables lianas verdes parecían querer recuperar un territorio que desde la Creación le había pertenecido.

Luís Felipe tenía 40 años, ojos verdes y una esperanza bastante fundada de ser dentro de dos años el próximo Presidente de la República de Brasil. Aquellos ojos verdes le venían de una madre alemana que lo había echado al mundo en un tumultuoso parto acontecido en el sur, cuando los emigrantes europeos buscaban un nuevo Eldorado.

Con el correr de los años y el apoyo de un padre todopoderoso se había convertido en un político de la era de Fernando Henrique Cardoso, quien en medio de un pueblo acosado por la miseria hablaba varias lenguas con la insolente facilidad de la gente nacida para mandar y había tenido la elegancia suprema de exiliarse en Europa durante la dictadura militar antes de convertirse en Presidente de la República.

Los ojos verdes de Luís Felipe brillaban de felicidad chillona en el salón de la Opera, anegado por relentes de Chanel 5 y cruzado por el frufrú escandaloso de elegantes modelitos llegados directamente de París y de Nueva York, que servían de envoltura a esas criaturas de ensueño que sólo se encuentran en Brasil.

Como él no era europeo no sentía lo que de surrealista podía tener este remolino de elegancia y de elegantes mientras los músicos hacían llegar los primeros acordes de «Carmen».

Para Luís Felipe era una noche de triunfo político y aunque desde la cúspide de una copa de champán helado no quitaba la mirada de encima de algunas de aquellas mujeres que constituían su segunda pasión en la vida después del poder, no perdía de vista con el rabillo del ojo al Gobernador, su padre, de quien se decía que sonreía hasta cuando ordenaba una ejecución política.

El Gobernador saboreaba también su triunfo, en medio de súbditos que se creían senadores y diputados, porque pese a cuarenta años de vida política, durante la cual no había escatimado una sola traición necesaria, nunca había conseguido que el Partido le

eligiese como candidato presidencial. Había tenido que resignarse a reinar en un territorio mayor que cualquier país de Europa occidental, donde era tanto más fácil hacerse temer y respetar cuanto que para salir de la moderna selva cuajada de rascacielos con aire acondicionado había que pasar por una compañía aérea que sus hombres controlaban fácilmente.

Algún desesperado de la vida había tratado de zafarse de sus obligaciones, embarcándose en el abigarrado puerto donde permanentemente flotaban las pintorescas embarcaciones del Amazonas, con sus hamacas en cubierta para los más cansados. Pero los fugitivos, obligados a deslizarse con toda la paciencia del mundo por las fangosas aguas que conducían a ningún lugar civilizado, siempre eran alcanzados a tiempo de recibir su merecido.

El sueño del Gobernador estaba a punto de realizarse. Esta noche en la ópera le había permitido afianzar las necesarias alianzas para cuando llegase el momento de votar a favor de la candidatura de Luís Felipe. La elección propiamente dicha para el Palacio de Planalto, residencia presidencial en Brasilia, le parecía una boba formalidad que no le deparaba más que sueños triunfales. Aunque su mujer le había dado dos varones más, Luís Felipe era su ojito derecho. El hijo que nunca le había defraudado y que había sacrificado más de una pasión, volcánica pero políticamente incorrecta, con sólo observar el parpadeo de los ojos de aquel hombre al que sus enemigos llamaban cariñosamente «Yacaré», en recuerdo de los feroces cocodrilos tropicales que merodeaban a pocos kilómetros de la Ópera. Lo cierto es que se atrevían a llamarle así sólo cuando estaban muy borrachos y únicamente cuando, además, tenían la absoluta certeza de que sus palabras no caerían en oídos indiscretos.

En aquel hijo con perfil de ajado dios griego, el Gobernador veía la continuación de una política brasileña en la que el

Presidente Cardoso había impuesto una cierta modernidad con el propósito de acabar con los «coroneles», los todopoderosos caciques que antaño reinaban en los veintisiete estados brasileños y de los que todavía quedaba algún que otro ejemplar, como el propio Gobernador.

Ojito derecho, Luís Felipe era también la mano vengadora que un día permitiría que el padre ajustase algunas cuentas políticas que tenía pendientes y que pensaba empezar a saldar la semana próxima en cuanto llegasen a Brasilia para la convención del Partido, en la que su hijo senador se convertiría en candidato presidencial.

Las avenidas-autopistas sin alma y sin fin que cruzan Brasilia estaban repletas de carteles en los que los ojos verdes y la sonrisa triunfadora del senador se ofrecían a los electores como una promesa de prosperidad, la que necesitaba una nación moderna que pese a estar enclavada en el Tercer Mundo tenía un potencial humano de más de ciento sesenta millones de habitantes, amén de riquezas de todo tipo suficientes para apoyar sus ambiciones de acceder a ese Primer Mundo que a los brasileños se les antojaba el colmo de la felicidad.

Desde su habitación, tan lujosa como la celda de un monje, que dominaba lo que hasta cuarenta años atrás era una sabana en la que sólo merodeaban serpientes y pequeños mamíferos, la mirada gozosa del Gobernador abarcaba el edificio ultramoderno del Palacio de Planalto, donde militares tan bonitos y quietos como soldaditos de plomo montaban una eterna e inútil guardia en la rampa aérea que da acceso al despacho del Presidente. El despacho que pronto ocuparía Luís Felipe, pensaba el Gobernador mientras con gesto distraído respondía el teléfono situado a su izquierda. La sonrisa perdida en inefables sueños de poder se quedó de pronto helada en los labios gruesos de mulato con incrustaciones de blanco.

—Voy inmediatamente —acertó a contestar haciendo un esfuerzo que le consumió de golpe y porrazo las toneladas de optimismo que instantes antes circulaban atropelladamente por todo su ser.

El Hospital de Brasilia donde se había aparcado el automóvil cuya matrícula anunciaba que en el mismo viajaba el Gobernador de uno de los estados más poderosos de Brasil era de los que la inmensa mayoría de los brasileños no podía ver más que en las telenovelas de Globo. Tres médicos que se apresuraban a su encuentro comprobaron no sin cierta secreta satisfacción que la arrogancia del Gobernador había desaparecido. Ni se había acordado de ponerse una corbata. «¿Cómo está Luís Felipe?», interrogó con el corazón a punto de salirse por la boca.

Era la primera vez en mucho tiempo que estaba perdiendo los papeles. Hasta acertó a sacarse una sonrisa implorante.

—¿Cómo está mi hijo?, repitió agarrándose sin pudor y sin falsos miramientos, desesperadamente, a la mano que le tendía uno de los médicos.

Los tres permanecían sin saber qué decir. El senador había ingresado una hora antes con síntomas de crisis cardíaca. Al verle entrar demudado y tembloroso, con la frente chorreando de sudor, los cardiólogos habían tenido una espantosa impresión. Aquel hombre, por muy poderoso que fuera, se estaba muriendo y ellos estaban ya convencidos de que poco o nada podrían hacer para evitarlo.

Agarrado a la bata blanca más cercana, con la misma actitud implorante de los negritos que en los aparcamientos de toda la capital pedían a los automovilistas lo que quisieran darle a cambio de guardarles el coche, el Gobernador trataba de conservar el poco optimismo que todavía le quedaba. Al llegar había pensado que Luís Felipe habría sufrido simplemente un malestar pasajero

y aunque su inteligencia le decía que aquello era algo más grave se aferraba a lo imposible:

—No te preocupes, Luís Felipe, ya verás que dentro de un rato estaremos en casa y nos reiremos de este susto.

Los médicos no sabían cómo decirle que no había nada que esperar. Que había sido un ataque fulminante ante el cual todo había resultado desesperadamente vano.

Tras el entierro, en el que estuvieron presentes todos los amigos de ayer y los enemigos más venenosos de hoy, el Gobernador decidió retirarse a su palacete en el fondo de la selva. Quería pensar con tranquilidad, no oír más gemido con risa ni más condolencias cargadas de amenazas.

Encerrado en su despacho del Palacio de la Gobernación, el señor Gobernador llegó en unos días a la conclusión de que aquella muerte tenía tantos intereses por medio que no podía haber sido fortuita. Y aunque el historial de los médicos era impecable, descubrió que los tres que habían atendido a su hijo en sus últimos momentos debían los favores más importantes de sus carreras a enemigos jurados del Partido. De ahí le vinieron las imágenes de los complots de las blusas blancas en la extinta Unión Soviética. Ahora se trataba de descubrirlos y de hacer justicia.

Pero la venganza debería ser el plato frío que recomiendan los franceses, porque antes quería dejar boquiabierto a todo Brasil con un gigantesco mausoleo que algunos opositores consideraban como «más propio de los faraones egipcios». La idea era dejar el cuerpo en el actual cementerio hasta que los paisanos tuvieran tiempo de comprobar que Luís Felipe recibía el mismo trato que cualquier mortal y luego engarzar el corazón del difunto en una esmeralda gigantesca, hallada hacía cien años en el estado de Minas Gerais y que estaba en la familia desde los tiempos ya lejanos en que esas montañas del sudoeste exhalaban oro y piedras

preciosas por toneladas, convirtiendo la región en un Eldorado que en tiempos había despertado la codicia de los conquistadores portugueses.

El cuerpo de Luís Felipe estaba como si lo acabasen de enterrar. Sólo faltaba que los párpados se abriesen para que los ojos verdes sonriesen de nuevo. El mausoleo, impresionante por su aparente sencillez, se alzaba en una avenida cercana a aquella Ópera en la que el senador había paladeado su mayor triunfo hacía apenas un pedazo de memoria bien corta.

Políticos y curiosos llegados de todos los estados quedaron boquiabiertos. El mausoleo no solamente era un palacete que hubiese envidiado cualquier reyezuelo de otros tiempos, sino que disponía de unos sistemas de seguridad que aliaban la imaginación de los arquitectos de los faraones a la más puntera tecnología. El Gobernador temía que algún desesperado —había que estarlo mucho para atreverse solamente a pensar en robar algo que le perteneciese— se dejase tentar por los millones de dólares que representaba la piedra preciosa en la que se centrarían todas las miradas.

El Gobernador preparaba en su despacho el discurso que pronunciaría aquella misma tarde en la inauguración del mausoleo cuando su secretario más íntimo entró sin tocar a la puerta, algo tan inusitado —jamás había ocurrido en los cuarenta años que los dos hombres se conocían y trabajaban juntos— que las cejas pobladas tuvieron un movimiento de espantosa interrogación.

—¡Gobernador, Gobernador, ha ocurrido algo espantoso. No está, no sabemos dónde está!

—Si le has dado al aguardiente a estas horas de la mañana, juro por Dios que te arrancaré la piel a tiras...

—No, Gobernador, no he bebido ni una gota de cachaza...

—Entonces, ¿qué diablos está ocurriendo?

La camisa inmaculada del secretario, una de las doce que el Gobernador le había traído como regalo de su último viaje a París, se llenaba a marchas aceleradas de lamparones imparables de un convulsivo sudor que no justificaban los 40 grados a la sombra que se soportaban en la calle, tanto en invierno como en verano. Por la puerta que había quedado entreabierta asomó tímidamente la cabeza el Dr. Da Silva, médico personal del Gobernador.

—Excelencia, ha ocurrido algo espantoso. Cuando fuimos a abrir el pecho de Luís Felipe, nos hemos dado cuenta de que alguien ya lo había hecho. El corazón no está. Alguien se lo arrancó el mismo día de su muerte, a juzgar por el estado de la cicatriz.

Por primera vez desde aquel trágico fallecimiento, al Gobernador le faltó aire y durante segundos que parecieron eternos al secretario y al médico, fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Aquel dato era el que le faltaba para convencerse totalmente de que tenía razón. Casi esbozó una sonrisa de triunfo que dejó helados a los dos hombres que le miraban sin saber qué hacer. El Gobernador seguía rumiando su teoría de la traición y de la venganza. No habían vacilado en matarle y ni siquiera en cometer un acto monstruoso. Todo estaba claro. Muy despacio, como si temiese que la cabeza se le cayese de un momento a otro, volvió su mirada de yacaré hacia su fiel secretario y hacia el médico.

—Ya veis, me lo han matado sin piedad y le han arrancado el corazón, como si se hubiese tratado de un cerdo. Sé quienes fueron los ejecutantes y ahora sólo nos toca averiguar quién lo ordenó. Pero, ojo, no quiero que se filtre nada, ordeno que nada de lo que hemos dicho salga de esta habitación... Al menos, durante unos días.

Cuando al día siguiente le vieron entrar en el hospital de Brasilia, los cardiólogos se quedaron mudos y de pronto les atacó

un sudor pútrido que no podían disimular. Sabían que tarde o temprano iban a recibir esta visita, pero hubiesen dado el sueldo de muchos meses porque hubiese tenido lugar en otro mundo. Sin mediar palabra le condujeron a una caja fuerte instalada en el despacho de uno de ellos. Con manos temblorosas, el más viejo de los tres, quizá pensando que a él le tocaba sacrificarse, sacó un tarro de formol en el que flotaba un corazón humano.

Las manos del Gobernador no temblaron cuando lo cogió y no tuvo una sola palabra de reproche para nadie cuando los médicos le explicaron al borde de la crisis de nervios:

—Gobernador, tiene usted que comprender que sólo nos hemos defendido. Estábamos seguros de que un día u otro nos acusaría de haber atendido mal a Luís Felipe y de haberle causado la muerte. Cuando examinamos el corazón en el transcurso de la autopsia, ya no nos quedó la menor duda: el paciente tenía un corazón que podríamos calificar de podrido. Sus arterias estaban en tal estado que hubiese sido necesario que hace ya un año le hubiesen realizado tres operaciones a corazón abierto para salvarlo. Aparentemente, su médico de cabecera no le dio importancia y nunca le sometió al examen a fondo que hubiese podido ser su salvación.

El Gobernador callaba con la mirada fija en aquel músculo bañado en formol que había sido toda la ilusión de su vida.

El avión especial que le había llevado a Brasilia dio media vuelta con su nueva carga a las pocas horas. Los cardiólogos respiraron aliviados por primera vez desde que se produjo el infarto. Aquella reliquia les había salvado la vida.

Grandes y muy religiosas fueron las fiestas que rodearon la instalación del corazón de Luís Felipe en la gigantesca esmeralda junto a su cuerpo. Las visitas de los lugareños, entre los que siempre se mezclaba alguna autoridad federal, duraron seis días y seis noches.

Todos salían encantados de ver la forma tan teatral con que el Gobernador había sabido rendir el último homenaje a su hijo. Pero ninguno supo explicar qué significaban aquellos tres dedos dispares, engarzados igualmente en una piedra preciosa colocada debajo del corazón.

En el Hospital de Brasilia, los tres cardiólogos habían sido reemplazados, pese a que eran reconocidos como verdaderos cerebros.

En realidad, habían desaparecido y nadie vio ninguna relación con la desaparición en la información publicada por el diario *Correio Brasiliense* días más tarde y en la que hablaba del descubrimiento de tres cadáveres irreconocibles en el lago Paranoá.

En su informe, el policía que los encontró anotó que a los tres les faltaba el dedo índice.

A MODO DE ADVERTENCIA

Esto que acaban ustedes de leer es un cuento. Podría incluso utilizarse esa cláusula de estilo jurídico de que todo parecido con situaciones o personajes reales sería pura casualidad. Pero no es así. Lo esencial de los hechos relatados en el cuento, es decir, el episodio del corazón arrancado por temor, corresponden a la realidad y los viví durante mi corresponsalía en Brasilia, donde el supuesto Gobernador era entonces probablemente el hombre más poderoso de Brasil, más que el Presidente de la República.

Todo el mundo, incluyendo los periodistas, temblaba delante de él. Y se le acusaba de haber recurrido a métodos que podrían calificarse de mafiosos.

El Gobernador es el prototipo de los poderosos que, a veces, desde estrados públicos y otras calladamente, gobiernan el país del que son los grandes accionistas. Un puñado de ellos se reparte riquezas y poderes frente a los cuales los multimillonarios europeos o de otros países parecerían alfeñiques anoréxicos.

Son ellos quienes deciden los rumbos de una de las naciones potencialmente más poderosas del mundo. Con ellos tienen que lidiar y que contar todos aquellos que figuran en los más altos cargos, incluso el Presidente de la República.

Si se tiene el apoyo de este puñado de hombres, todo es posible. Sin ellos, nada es realizable.

Una personalidad muy bien situada en el tablero político brasileño me contó cómo en una reunión de altos cargos y de simpatizantes del partido, al Gobernador le besaban las manos con la

misma devoción que al Don Corleone del libro de Mario Puzzo *El Padrino*.

Cuando en 1998 Itamar Franco intentó presentarse contra Fernando Henrique Cardoso para ocupar la Presidencia de la República, el congreso durante el cual debía ser designado candidato, en el hemiciclo de la Cámara de Diputados, fue invadido por un comando enviado por quienes no querían que hiciese sombra al Presidente que había modificado la Constitución para poderse dar el gusto de volverse a presentar, seguro de ganar.

A punto estuvieron de arrojarlo desde el escenario donde trataba de explicar sus argumentos presidenciales en medio de vociferaciones que apenas permitían oír su voz un poco cascada por el miedo. Ni que decir tiene que tuvo que renunciar a presentarse. También es verdad que poco después, por obra y gracia del juego de los grandes partidos, se encontró sentado en el mullido sillón de Gobernador de Minas Gerais, uno de los estados más poderosos de Brasil y su estado natal. Un regalo con donaire que hizo sonreír a más de uno en Brasilia.

No les estoy hablando de la prehistoria política brasileña, cuando los coroneles del café, los propietarios de las grandes plantaciones, dictaban sus decisiones a los políticos y al más importante de ellos.

Itamar Franco era vicepresidente de la República cuando, en medio de escándalos de corrupción sin precedentes, el apuesto Presidente Fernando Collor de Mello tuvo que dimitir. El Congreso Nacional, en un acto sin precedentes, le destituía el 29 de diciembre de 1992 e Itamar Franco se convertía en Presidente.

Al bajarse del mando del país, el 31 de diciembre de 1994, su índice de popularidad era el de una auténtica estrella de cine. Pese a ello, cuando en 1998 quiso correr suerte en las urnas frente a Fernando Henrique Cardoso, no pudo ni siquiera inscribir su nombre en las listas electorales. Personajes como el Gobernador de nuestro cuento se encargaron de ello.

EL SUEÑO DE PELE

Brasil no es una especie de África latinoamericana, como algunos podrían estar tentados de creer, sencillamente porque en el continente africano no hay tergiversaciones: la gente es simplemente negra, sin más discusión racial, y el poder se lo disputan y se lo comen los negros. Y aunque Brasil tenga un aporte africano sumamente importante, gracias a las «importaciones» hechas por los conquistadores portugueses de mano de obra procedente de las costas de África, que se refleja tanto en las caras como en la cultura y en la religión, y pese a que su población de color es importantísima, reina la fantasía aritmética más absoluta a la hora de cuantificarla. Desde un 20 por ciento, según los «blancos», hasta el 80 por ciento para algunos negros bien vestidos, que con esta cifra quizá bastante exagerada querrían llegar un día a formar un grupo influyente y tener esa importancia social y política que según ellos sería mera justicia, habida cuenta de su presunta importancia en el censo. No obstante, hoy por hoy es sólo un sueño razonablemente inalcanzable.

De acuerdo con estadísticas oficiales, 55,2 por ciento de la población de Brasil es blanca, 6,0 por ciento negra, 38,2 por ciento café con leche, 0,4 por ciento amarilla y 0,2 indígena. Y aunque los primeros habitantes de este país-continente con cabida para quince o dieciséis naciones de las dimensiones de España fueron los indios, los pobres se mueren de enfermedad y de necesidad en sus reservas de la selva y cuando acuden al mundo «civilizado» no es raro verlos mendigar en Brasilia un paquetillo de

cigarros o unos cuantos reales (la moneda nacional) en la mismísima puerta del deteriorado edificio de la Fundación Nacional del Indio, la FUNAI, creada para defender sus intereses y que de vez en cuando ocupan los propios indígenas vestidos con todas sus plumas de guerra para reclamar algunos de esos derechos que son pisoteados alegremente por la administración central.

Cuando los portugueses llegaron a las costas brasileñas, en el año de gracia de 1500, la población indígena oscilaba entre uno y tres millones de individuos. En 1999, cifras oficiales los limitaban a 330.000 individuos, es decir, un 0,16 por ciento de la población total del país. Es cierto que los portugueses se encargaron de reducir considerablemente la población original, someténdola a todo tipo de trabajos, cuanto más penoso mejor, y exterminándola de paso en enfrentamientos cuando alguna tribu se resistía, pero en el año 2002 siguen siendo diezmados. Ya no son solamente por esas famosas enfermedades de los blancos que contagian poblados enteros de las reservas donde viven, es decir, sus propias tierras, sino por la acción directa de los no indios, que tratan de apoderarse de sus tierras para explotar enormes riquezas minerales y, sobre todo, las maderas más raras y preciosas, que se escapan a raudales por los ríos que surcan los 5.500.000 km² de Amazonía, la más impresionante selva del mundo, que sigue alimentando los sueños de los modernos buscadores del El Dorado, que aquí casi desdeñan el oro y las piedras preciosas para fijar su atención en las inmensas reservas de plantas medicinales, en las que tienen puestos los ojos los más importante laboratorios farmacéuticos del mundo entero. Sin contar con que la Amazonía guarda en sus entrañas agua potable suficiente como para salvar a nuestra humanidad de esa sequía que los expertos anuncian cada poco. Por ello es posiblemente el lugar más estratégico del globo.

La Iglesia Católica brasileña trata de defender a los indios y de vez en cuando un misionero o una monja pagan esta audacia, a manos de los pistoleros de terratenientes que no vacilan en liarse a tiros para que les dejen invadir fértiles tierras que no son suyas.

En Brasil, el poder está total y absolutamente en manos de los blancos y de los café con leche. El último negro que creyó tener un poquito de voz propia fue Edson Arantes do Nascimento, Pelé, que de futbolista profundamente analfabeto (se le atribuyen 1.282 goles en 21 años de carrera) se convirtió en ministro Extraordinario de Deportes por obra y capricho del Presidente Fernando Henrique Cardoso, FHC, como le llaman sus compatriotas, quien encontró en él un hombre-propaganda de lo más eficaz. Pero lo liquidó políticamente si el menor remordimiento, aunque le permitió seguir siendo un pujante empresario con piso en Nueva York, el sueño de una inmensa mayoría de los brasileños que a diario forman largas colas delante del rascacielos del consulado de Estados Unidos en Río de Janeiro para conseguir un visado que les permita por lo menos visitar Disneylandia y en el mejor de los casos quedarse a trabajar como clandestinos en Nueva York, cuando se dio cuenta de que el ex ídolo de los estadios podía representar un pequeño peligro potencial, o por lo menos un estorbo, en la elección presidencial de 1998, precisamente cuando Cardoso pedía a gritos su reelección, hecho por lo demás inaudito en Brasil y que necesitó una difícil reforma constitucional. Tan difícil fue hacerle tragar la píldora a diputados y senadores que el Parlamento pasó meses sin poder ocuparse de otros asuntos, con lo cual votaciones vitales de importantes reformas económicas, como la administrativa, fueron dejados para más tarde. Este retraso provocaría un sinfín de problemas al gobierno cuando tuvo que aceptar el préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) para intentar salir de la crisis financiera que

le afectó después de a Rusia y que en enero de 1999 provocó la caída en picado de la moneda nacional, el real, que llegó a perder la mitad de su valor. Brasil no estaba preparado para realizar eficazmente, y sin que ello repercutiese seriamente en la vida de todos los días, los recortes presupuestarios que a cambio de su ayuda le exigía Washington.

De ahí a decir que la culpa la tenía indirectamente Pelé hay una caminata que no vamos a dar, sobre todo teniendo en cuenta que al jugador negro ninguno de sus compatriotas le tomó nunca en serio más que cuando estaba dándole patadas al balón en los verdes estadios internacionales.

El caso es que la idea de transformar a Pelé en el primer jefe de Estado realmente negro de Brasil (otro reflejo freudiano del famoso «sueño norteamericano» según el cual cualquiera puede llegar a la Casa Blanca) se le ocurrió a Walter Brito, elegante presidente del llamado Instituto de Ciudadanía e Unidades, organización no gubernamental (pero apoyada y financiada por el Estado) que oficialmente lleva más de diez años ocupándose de la integración de los negros. Y un día lanzó la idea al aire, esperando que, como en sus mejores tiempos, el delantero de leyenda recogería el balón y con una de sus malabaristas jugadas de antaño lo mandaría imparablemente a la portería. Pero como es más listo de lo que parece, Pelé se hizo el loco y la idea de intentar mandarle al palacio presidencial de Planalto pasó a mejor vida. Porque a sus 56 años de edad, él recordaba perfectamente que también habían querido catapultarlo como candidato a la anterior lucha presidencial y que entonces Cardoso le había llamado para prometerle el puesto de ministro Extraordinario de Deportes si él ganaba las elecciones. Y cuando fue elegido, cumplió su palabra.

Convertido hoy día en un impresionante hombre de negocios que juega con los millones de dólares como antes driblaba con el

balón y con la misma discreción de sus antepasados cuando se comían una mazorca de maíz a escondidas del amo portugués, Pelé sabía mejor que nadie que Brasil sólo ha tenido un alcalde negro, Celso Pitta, en Sao Paulo, y que los negros no abundan en el Parlamento. En 1999 sólo once de ellos formaban parte de la Cámara de Diputados, que contaba con 513 miembros, y en el Senado se contaba uno solito entre los 90 senadores alistados por diferentes partidos, casi todos por la mayoría presidencial, ya que la oposición se resume en grandes líneas al Partido Democrático Trabalhista Brasileiro (PDT), Partido Socialista Brasileiro (PSB), Partido Popular Socialista (PPS, ex partido comunista) y el Partido Comunista do Brasil (PCdoB). Algunos de ellos son meros simulacros de organizaciones políticas que quedan muy bien para presentarlos al visitante como signo de salud democrática. Pero el único que realmente cuenta es el Partido dos Trabalhadores (PT).

Algunos cronistas decían con inconfesable sorna que el PT tiene tantas posibilidades de reinar en Brasil como los negros.

De lo que un negro puede representar en Brasil en el plano electoral tuvo un ejemplo en las elecciones de octubre de 1998. Emiliano Caldeira da Silva, de 39 años de edad, no contaba con la notoriedad de Pelé cuando decidió meterse en política, pero también es cierto que si los dioses de las urnas le hubiesen sonreído habría sido un bello trampolín social para este limpiador de piscinas (piscinero) y ex albañil. Nordesteño, el hombre había enfundado un elegante traje gris marengo y en una barraca de Paranoá, ciudad pobre de las afueras de Brasilia, refugio de una parte de los nordestinos que llegan a la capital federal en busca de una vida mejor o por lo menos menos mala, preparaba su elección para diputado local por el Partido de Reedificación de Orden Nacional (PRONA). Se da el caso de que esta formación, de

poquísimo relieve en el panorama político nacional, tenía en ese momento un candidato a la presidencia, Eneas Carneiro, quien se había granjeado una gran parte de las simpatías populares, profundamente antiargentinas, proclamando que Brasil tenía que disponer del arma atómica ya que de otro modo estaba expuesta a cualquier cosa. Y sin decirlo claramente, pero de forma que todo el mundo lo entendiese, Eneas apuntaba mentalmente sus misiles hacia la vecina Argentina, país que pese a que cada vez se sume más en la indignancia soporta malísimamente que los «macacos» brasileños sean los líderes indiscutibles de una América Latina que ha comenzado su camino hacia una fórmula parecida a la Unión Europea, dotándose del Mercado Común del Sur, MERCOSUR, del que por el momento sólo son miembros activos Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, teniendo como socios preferentes a Bolivia y a Chile.

Al terminar las elecciones, Emiliano tuvo que colgar el elegante traje gris marengo y sus ilusiones y volver a su oficio de piscinero, ya que no había conseguido convencer a sus vecinos para que votasen por él. Y ello pese a que en su permanencia electoral, donde se repartía café con la misma generosidad que en el palacio presidencial de Planalto, tenía colgado en la pared un cartel que rezaba con cierto sentido del humor : «Querido elector, si duda a la hora de votar, no vote en blanco, vote por Emiliano.» El tal Emiliano era negro, ya lo he dicho, pero negro como el betún.

Ese esquema estadístico de la importancia numérica de los negros, sobre el que nadie se pone de acuerdo, podría ser una síntesis de este país de unos 165 millones de habitantes, que pronto saltará a los 200 millones. Todos los censos que pueden manejarse aquí son más esotéricos que matemáticos, ya que anualmente miles de recién nacidos no son dados de alta porque sus padres no tienen los pocos reales que se necesitan para inscribirlos en el

Registro Civil, en manos de los ricos «cartorios», equivalentes a las notarías. Y en esto, como en tantas otras cosas, Brasil aparece al extranjero como una fantasía creada por Dios en uno de los rincones más bellos del Universo. Es pura contradicción del principio al fin. Un país sin pies ni cabeza. Donde el cartesianismo más elemental tiene que ser descartado inmediatamente si se quiere entender algo. Probablemente no sea una casualidad si Brasil es el mayor país de América Latina y uno de los más importantes del mundo, pese a que sólo habla portugués o algo que se le parece, cuando el resto de sus vecinos y amigos hablan español. Es sencillamente una contradicción surrealista más.

En África los negros saben que son negros, es decir, que, a trancas y barrancas, tienen una identidad propia. En Brasil, todo el mundo es más o menos negro —lo cual es el gran orgullo nacional—, ya que lo más corriente es ser mulato, café con leche como Cardoso, hermoso e inquietante ejemplo de esta mezcolanza, que presume de que uno de sus antepasados «metió un pie en la cocina». Una manera elegante que tienen los brasileños para decir que alguien de la familia tuvo relaciones pasadas de rosca y de anti-conceptivo con una negra de la servidumbre.

Más o menos el veinte por ciento de los brasileños son analfabetos, según optimistas cifras oficiales, lo cual no impidió que los dos últimos jefes de Estado, Fernando Collor de Mello y Cardoso fueran exquisitamente educados y que el pueblo los eligiera (una vez al primero, dos al segundo) precisamente por eso, porque no tienen nada que ver con la inmensa mayoría de sus compatriotas. Collor pertenece a la gran burguesía de uno de los más inquietantes estados del paupérrimo nordeste, Alagoas, donde la gente bien es «ama» de padre en hijo y donde quien no es políticamente correcto puede ser liquidado a tiros sin que la Justicia pestañee. Es una costumbre tan ancestral, como la de matarse unos a otros

por nada, que a nadie se le ocurre ponerla en tela de juicio. Cardoso es más bien la encarnación de la época postmilitar, un sociólogo guapo y elegante, con estudios en París, aunque dicen que nunca fue realmente profesor en la Sorbona, que habla cuatro lenguas y se tutea con los otros grandes del mundo. En la lucha por la presidencia, Cardoso venció dos veces consecutivas a Luís Inácio Lula da Silva, líder auténtico del único partido serio de la izquierda de Brasil, el Partido dos Trabalhadores, PT. Pero Lula, que con los años se ha convertido en un político que se las sabe todas y que hasta es posible que tenga ganas de hacer algo por los miserables, es decir, por la mayoría de su pueblo, tiene un gran defecto para sus compatriotas. Fue obrero —tornero, profesión en la que perdió un pedazo de dedo— y está muy orgulloso de ello. Pero los electores brasileños no quieren identificarse con ese pasado de hambre y sinsabores que fue el suyo y que es el de la mayoría de ellos, que cuando tienen suerte se apiñan en casas construidas con cuatro ladrillos y un poco de cemento. Curiosamente o no, a los pobres les fascina el que sus enemigos han apodado Dom Fernando el Hermoso, el Rey, el Emperador. Es la fascinación por Hollywood, por ese mundo virtual centrado en Brasilia, la capital federal, donde políticos sin escrúpulos, jueces todopoderosos, que a veces flirtean con la injusticia más total y la corrupción más profunda, representan los Tres Poderes, nombre de una enorme y psicodélica plaza de piedra que en esta ciudad separa a las dos Cámaras, al Palacio presidencial y al orgulloso edificio del Tribunal Supremo. Otros tantos símbolos de un poder real que se da de bruces con las estatuas de los Candangos, nombre con el que se conoce a los colonizadores de Brasilia, pero que en la escultura parecen salidos del más allá de la Tierra —mucha gente dice que Brasilia es una nave espacial— con sus siluetas esqueléticas y casi vengativas. Con sus ojos muertos y

metálicos miran de reojo a los edificios que simbolizan el poder como si quisieran infundirles respeto. Pero en Brasil los poderosos no le temen ni a ese Jesús que día tras día los miserables que se arrastran por sus favelas llevan en sus bocas, repitiendo como si quisiesen convencerse ellos mismos que está a punto de volver para ayudarles, para sacarles del infierno del hambre y de los padecimientos diarios.

Los poderosos hacen oídos sordos, aunque invoquen a Dios por menos de un pitillo, ajustan cuentas entre ellos y cuando no se salen con la suya por las buenas decretan escandalosos aumentos de cosas tan esenciales y que ellos tan poco consumen como los frijoles y el arroz, que componen la *feijoada*, plato que ya los conquistadores portugueses daban a sus esclavos hace quinientos años y que en el siglo XXI es la representación más genuina de la cocina nacional.

Como los frijoles y el arroz, la injusticia forma parte de la vida del brasileño medio, tanto más cuanto más negro es. Porque la condición de pobre se da por descontado. La Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB), que dirige la Iglesia Católica nacional, a la que teóricamente y por bautismo pertenece más de 90 por ciento de la población, remacha que en Brasil los ricos no van a la cárcel ni siquiera cuando son juzgados por un juez en pleno delirio mental. Que para ir a parar a uno de esos nauseabundos calabozos brasileños, donde cientos de seres humanos se hacinan en el espacio reservado a veinte, hay que ser por lo menos pobre. Y si además se es negro, tu suerte está sellada, forastero.

Uno vive en Brasil y regresa de Brasil con la terrible impresión de no haber entendido nada. Porque al lado de esa miseria orgullosa y que no quiere decir su nombre, donde la gente lucha con sueldos de hambre —cuando los tiene, claro está— por no hun-

dirse en el barrizal de una sociedad pensada para ricos, se encuentran las bellezas más espantosamente extravagantes del mundo, y que no son sólo esas mulatas y mulatos que tanto ha explotado la publicidad, sino paisajes naturales que una vez vistos convencen al viajero de que el paraíso se fraguó por estos andurriales. Es como si Dios hubiese querido compensar las carencias sociales que tan difíciles hacen la vida de una inmensa mayoría con decorados de puro delirio.

Es un cliché hablar de la belleza de Brasil, de su diversidad, de sus culturas, tan distintas, de sus gentes tan fabulosamente ricas en sueños y en amor, de sus paisajes que cortan el aliento sólo en el recuerdo. El fangal político-social nacional y la tragedia humana que viven los brasileños desde que los portugueses decidieron conquistarlos tiene como telón de fondo el país más bello del mundo. Y el menos conocido.

Los regímenes militares que cortaron a Brasil del mundo exterior durante unos treinta años hicieron que los brasileños se replegaran sobre sí mismos y que finalmente permaneciesen un tanto al margen de lo que sucedía mientras tanto en el resto del mundo, aunque tuvieron su «revolución» de 1968 que, naturalmente, fue lo revolucionaria que podía ser. Porque cuando un extranjero se espanta ante un político o un sindicalista de la pasividad de los brasileños ante las terribles consecuencias que la globalización puesta en marcha por Fernando Henrique Cardoso ha tenido para ellos, la respuesta siempre es la misma: «No tenemos tradición revolucionaria.» Un estado de cosas que, pese a la lucha que mantuvieron contra los militares, hace que los brasileños constituyan institucionalmente el país más tranquilo del mundo, aunque a la hora de matarse entre ellos (entre 58 y 60 asesinatos se contaba en un fin de semana en Sao Paulo en noviembre de 1999) no tengan el menor asco.

Frente a esta pasividad político-social que excluye a *priori* grandes huelgas generales capaces de tambalear a un gobierno, las dos únicas fuerzas sociales que preocupan al gobierno son el Movimiento de los campesinos sin tierras (MST, de tendencia izquierdista y que por su disciplina recuerda a los camboyanos rojos de triste memoria que arrasaron Camboya) y la CNBB, la Iglesia Católica que, más progresista que nunca, no escatima sus críticas ni sus intervenciones ante el gobierno en busca de una vida menos dura para el pueblo.

Ya metidos en el siglo XXI, Brasil se aparenta a un paraíso dentro de un infierno. Paraíso para quien puede costárselo, los turistas, por ejemplo, que pueden permitirse incluso auténticos safaris sexuales con menores y, por supuesto, para esos multimillonarios brasileños que no saben ni lo que tienen y que se niegan a ver la miseria que les rodea. Como los políticos en el poder, que miran de reojo a los periodistas que se atreven a hablar de la enorme concentración de riquezas y de la consecuente malísima distribución de la renta, una y otra vez denunciadas por organismos internacionales que, no obstante, nada hacen para que el Gobierno cambie su rumbo social, unánimemente criticado por la Iglesia Católica.

LA BOLSA O LA VIDA

Cuando en enero de 1999 se le vinieron abajo los mercados de cambio, el Presidente Fernando Henrique Cardoso comprendió que se le había acabado el camino de rosas por el que había pisado en los cuatro años de su primer mandato y que el comienzo del segundo se presentaba duro de roer. Repentinamente, mientras él pasaba un fin de semana bien acompañado en una playa del pequeño estado nordestino de Sergipe, el presidente del Banco Central, Gustavo Franco, decidía dimitir, considerando que los planes gubernamentales en cuanto a la estabilidad de la moneda nacional, el real, eran una locura. Dimitió en una mañana del verano tropical y nada más tomar posesión de su cargo, su sucesor, el risueño Chico Lopes, se apresuraba a devaluar ese real que no solamente era el símbolo de los logros económicos del gobierno sino, sobre todo, la moneda más fuerte y estable de América Latina. Aunque la devaluación había sido aceptada por Cardoso, al parecer por inspiración del Fondo Monetario Internacional (FMI) que auxiliaba a Brasil para que intentase atravesar la crisis menos mal de lo que lo habían hecho Rusia y otros países, fue una terrible bofetada para el altivo jefe del Estado, quien días antes se había paseado por las calles de Brasilia para «celebrar» una reelección más que anunciada y que él había trabajado con tanto ahínco. Los brasileños le habían hecho el vacío más absoluto en las avenidas-autopistas de la capital federal, mientras algunos embajadores confesaban que la ceremonia oficial con asistencia del cuerpo diplomático había sido de una tristeza funeraria. Lo cual

no había impedido a Fernando Henrique hacer gala de su tradicional optimismo y prometer que Brasil iba viento en popa y a toda vela. Un discurso tan repetitivo que no convenció ni a sus propios ministros, con los que meses más tarde de que formasen «nuevo» gobierno tendría sus más y sus menos por problemas de disciplina. Quizá viendo que el gran jefe estaba herido, algunos intentaron subírsele encima y el Presidente tuvo que apelar a los partidos de donde salían unos y otros para recordar que él seguía mandando y que los intereses de los diferentes partidos, todos de su propia mayoría gubernamental, tenían que pasar a un segundo plano. Porque no solamente se le preparaban problemas con el FMI al que tenía que ofrecer el sacrificio de drásticos recortes presupuestarios que ponían al país en una situación crítica, sobre todo en la sanidad y la educación, ya de por sí catastróficas, sino que sus aliados intentaban rebelarse aprovechando la menor oportunidad. Lo malo es que él nunca había admitido que Brasil hubiese tenido que arrodillarse ante el FMI y poco antes de ser reelegido en octubre de 1998, en una campaña electoral en la que prometía fuerte y claro que iba a acabar con la tradicional pobreza de sus compatriotas, había espetado a los periodistas que le señalaban hacia el huracán financiero que rondaba entonces por Moscú que «Brasil no tiene nada que ver con Rusia» .

Pero FHC estaba ya tocado por los plomos de los especuladores que se habían cebado en la Bolsa de valores de Sao Paulo y habían jugado con el aparente beneplácito del gobierno de Brasilia. Lo más sorprendente es que pese a todos esos disparos contra la economía nacional, muchos de los cuales, como se descubriría más tarde, habían sido hechos hasta por íntimos suyos, el Presidente conservaba su legendaria flema, como si en lugar de dirigir el país más extrañamente complicado de toda América y de una buena parte del mundo, estuviese al mando de Gran

Bretaña. Y aunque de vez en cuando adoptaba el tono de Churchill cuando en la II Guerra mundial prometió «sangre, sudor y lágrimas», siempre dejaba sin aliento a los periodistas que ni en los peores momentos le vieron francamente decaído, ya fuese por un exceso de optimismo personal o, como decían sus enemigos, por mero cálculo político.

Contra vientos y mareas, y dejando muy atrás a sus adversarios, FHC consiguió un segundo mandato, rompiendo así la tradición republicana de Brasil. Y por mucho que se le critique, guste o no guste, es indiscutible que la reelección dejará su marca en la Presidencia de un Brasil que después de los devaneos de su antecesor, Fernando Collor de Mello, apartado del cargo el 29 de diciembre de 1992, por estar envuelto en un enorme escándalo de corrupción, conoció cuatro años de estabilidad monetaria que despertaron inmensas esperanzas pese a la fragilidad sin cuentos de la moneda.

Al guapo Collor lo echaron los parlamentarios en una sesión histórica —aunque en realidad había dimitido horas antes de que el Senado pronunciase su *impeachment*, porque se había envuelto en ataques a mano armada contra la economía nacional. Un final curioso, si se tiene en cuenta que Collor había tenido su momento de gloria en el extranjero, precisamente porque se había atrevido a atacar los bastiones de los llamados «maharajás», altos funcionarios con sueldos millonarios que siguen existiendo pero con los que nadie se mete. Y tanto más curioso fue la caída de Collor si se tiene en cuenta que atracar en Brasil no es delito, a condición de que quienes empuñen las armas sean los poderosos. Cuando en enero de 1997 llegué a Brasilia, en medio de un escándalo que salpicaba a bastante de los 27 estados del país, donde muchos políticos de primer plano eran acusados de haber saqueado las arcas del Estado, pregunté a un viejo corresponsal de uno de los

más importantes diarios nacionales, que cuántos políticos calculaba él que irían a dar con sus huesos en un calabozo. De la risa tonta que le acometió en aquel momento, al hombre se le atragantó el café que estaba tomando en la sala de prensa del Palacio de Itamaraty, sede del ministerio de Relaciones Exteriores. Cuando se le pasó el ahogo, me contestó con una divina tranquilidad: «En Brasil, los políticos no van a la cárcel». Una sentencia que meses después oiría por boca de las máximas autoridades de la Iglesia Católica.

Aunque se ha intentado involucrarlo en algunos escándalos financieros —se le llegó a acusar de poseer una cuenta bancaria secreta y millonaria con algunos amigachos políticos en un banco del caribeño paraíso fiscal de las islas Caimán—, FHC es probablemente un político suficientemente ambicioso como para no caer en las trampas de la corrupción. Quienes poco o nada le quieren, tanto en la oposición como en la mismísima mayoría gubernamental, aseguran que los grandes intereses financieros internacionales acabarán con él cuando consideren que ya no les es de ninguna utilidad. Pero, tiren por donde tiren los grandes banqueros mundiales, FHC habrá estado ocho años en la presidencia —en Brasil, una dimisión presidencial es altamente improbable y los militares acabaron por convencerse de que los golpes de Estado no conducen a nada— con lo cual habrá logrado ser el Presidente que más tiempo ocupó el palacio de Planalto. Aunque para ello haya tenido que pisotear a uno de sus más viejos amigos políticos, el infame Itamar Franco, quien fue Presidente de la República antes que él, porque el destino le había hecho vicepresidente cuando a Collor le echaron a patadas.

FHC le ha tenido siempre a Itamar un miedo casi supersticioso. Aunque tal vez, a la luz de los hechos y de la historia, algunos malévolos observadores hayan podido pensar que si le aplastó la

cabeza fue sencilla y prosaicamente porque sabía que tal vez fuese capaz de robarle la Presidencia. Era cuando FHC se disponía a reelegirse en octubre de 1998. Unos meses antes, Itamar, que estaba trabajando como embajador de Brasil ante la Organización de Estados Americanos (OEA) decidió abandonar Washington para reincorporarse a la realidad política nacional. Porque el hombre tenía un pasado que podía justificar ambiciones políticas más allá de una mera embajada, por agradable que pudiese ser. Cuando era Presidente de la República, Itamar Franco se había dado realmente a conocer en el mundo entero no porque tratase seriamente de solucionar algunos de los problemas económicos del país ni porque, sobre todo, hubiese facilitado a su entonces ministro de Economía, un tal Fernando Henrique Cardoso, la realización del Plan Real —freno de la inflación y estabilización de la moneda nacional—, que se convirtió para él en el trampolín que le permitió acceder a la primera magistratura de Brasil en 1994. Si los diarios de los cinco continentes dieron cobijo a Itamar Franco en sus páginas, con un gran despliegue informativo y sobre todo gráfico, fue por una foto en la que durante el carnaval se le veía en Río de Janeiro muy sonriente con una veraniega camisa verde y un cinturón de cocodrilo que mantenía un pantalón claro. Ni la camisa ni el cinturón tenían nada de particular y la historia no dice siquiera si eran de una marca conocida. Pero en esa misma instantánea aparecía una joven veinteañera con blusa abigarrada y minifalda de color claro que embellecía un rostro a lo Sofía Loren, con labios sensuales y ojos profundos. Pero tampoco había nada de particular en el rostro ni en lo que vestía. El centro de interés estaba por debajo de su minifalda, donde el fogonazo indiscreto de los fotógrafos habían captado toda la profunda intimidad de la dama cuyo nombre nadie recuerda. Su sexo profundo y rojo sobresalía en una selva negra que no era en nin-

gún caso una representación de la Amazonía profunda. La braga que no llevaba su bonita acompañante dio a Itamar Franco una celebridad con la que nunca había soñado.

A años-luz del atrevido carnaval que había protagonizado estaba el hombre cuando en Brasilia trató de que uno de las principales y más tradicionales fuerzas en las que se apoyaba FHC, el centrista Partido Movimento Democrático Brasileiro (PMDB), le eligiese candidato para las elecciones de octubre de 1998. Lo malo es que se trataba de los comicios con los que FHC contaba para dejar huella en la historia, tratando de conseguir un segundo mandato. Cuando la fracción del PMDB que estaba harta de seguir ciegamente a FHC quiso rebelarse en una convención celebrada en la Cámara de Diputados de Brasilia, Itamar se encaramó al escenario para proclamar sus deseos de ser el candidato de esa rebelión independentista. Los partidarios del Presidente apenas le dejaron hablar. Entraron en acción en medio de un ensordecedor barullo de gritos y cantos varios y la cabellera blanca del otrora sonriente protagonista del carnaval carioca junto a la procaz desconocida empezó a agitarse en un desordenado tembleque por encima del micrófono al que intentaba agarrarse desesperadamente.

Itamar estuvo a punto de ser arrojado desde el escenario por los enfervorizados partidarios de su antiguo ministro de Hacienda y allí terminó su rebelión-candidatura. También es verdad que FHC había tratado de que la sangre no llegase al río y que hizo lo que pudo para que aceptase otro cargo. Llegó a prometerle la gobernación de su estado natal de Minas Gerais, en el rico e histórico sudeste, lo que Itamar rechazó, al parecer con indignación, pero para el cual fue finalmente elegido en aquellos mismos comicios, cosas del destino o finalmente del maquiavelismo político de su adversario y amigo.

Lo más probable es que Itamar Franco esté presente hasta el final de su mandato, si es que lo termina, en las preocupaciones mayores de FHC, al que le dio uno de sus mayores dolores de cabeza cuando poco después de su elección hizo cundir el pánico en las Bolsas de valores del mundo entero al proclamar *urbi et orbe* que no tenía la intención de pagar las deudas contraídas por el estado de Minas Gerais con el gobierno de Brasilia. Con lo cual, en las capitales que cuentan en el mundo entendieron, aunque tal vez un poco por conveniencia, que el casi continente de más de 165 millones de habitantes estaba a punto de desplomarse. Pero pase lo que pase, a Itamar Franco nadie podrá quitarle mérito y menos aún en Minas Gerais, donde desde sus avatares pro-presidenciales aparece para unos como un perdedor por el que hay que tener el mayor respeto, y para otros como una especie de Juana de Arco tropical. Lo malo es que nadie sabe si no acabará quemado en ese tira y afloja que mantiene ya desde hace años con FHC y que a estas alturas está teñido del fluido inigualable de Freud.

Sea como fuere, Itamar habrá sido sin la más recóndita duda el personaje que mejor y con más valentía plantó cara al Emperador, que los caricaturistas comparan con un dios todopoderoso, orgulloso y que no quiere compartir nada. Probablemente haya representado en Brasil una de las pocas oportunidades de frenar e incluso de abortar una presidencia absolutista de tipo bonapartista que, si por Cardoso fuera, podría prolongarse en un tercer mandato más. Porque en una tierra donde los santos no reconocidos por la Iglesia y donde los profetas de todo pelo siempre han sido conductores de multitudes, FHC tiene la impresión de estar dando a su gente algo que no se merecen, un presidente moderno, «europeo» o «norteamericano», según los gustos, que habla de tú y en sus propias lenguas a los grandes del resto del mundo, los cuales miran con codicia mal disimulada hacia el potencial eco-

nómico que representa un país en cuya Amazonía, a juicio de muchos expertos, existe una de las riquezas todavía inexploradas y que será mucho más cotizada que el petróleo dentro de unos cuantos años, el agua pura. Se dice que el subsuelo amazónico contiene capas de agua suficientes para apagar la sed de una parte importante de la humanidad, razón por la cual los norteamericanos, siempre tan atentos a cuanto ocurre en sus fronteras, tienen planes más que serios para provocar una intervención militar en ese «pulmón del mundo» si un mal día sus intereses estratégicos así lo exigen. No se trata de especulaciones periodísticas, sino de serios razonamientos que en Brasilia hacen a grito limpio portavoces de las fuerzas de la izquierda y de la derecha, apoyándose en informes de los militares que en condiciones absurdas e irrisorias tratan de custodiar unas fronteras imposibles de guardar.

EL HONOR PERDIDO DE LA IZQUIERDA

Amazonía, donde científicos del mundo entero tienen puestas muchas de todas sus esperanzas para encontrar el milagro farmacéutico del siglo, la solución para esa enfermedad que nada cura, donde las riquezas minerales son inenarrables, donde el agua parece constituir la última boya adonde la humanidad podrá agarrarse cuando no quede nada que beber en nuestro mundo cada día más contaminado, no es ni mucho menos el punto número uno de las reivindicaciones que tiene la izquierda brasileña.

Para ser sinceros, la izquierda es un lujo que los brasileños se permiten como si quisieran exorcizarse de las dictaduras que les cayeron en suerte entre más o menos 1964 y 1984. De esos ejercicios de militares y otros salvadores de la patria nació por supuesto la actual izquierda brasileña, que pese a contar con los fermentos esenciales y clásicos para toda revolución y para cualquier desorden —el hambre que ruge en cuanto que uno se aleja de los grandes centros urbanos, el desempleo que convierte a hombres y mujeres en animales prehistóricos y las desigualdades sociales que nadie es capaz de igualar en ninguna parte del mundo según organismos internacionales— no había conseguido pasar hasta el año 2000 de ser una fuerza opositora valiente pero ineficaz. Quizá porque como dicen algunos líderes no gubernamentales en los más diversos estamentos, «los brasileños no llevan la revolución en sus genes». O tal vez porque después de haber sido aplastados desde 1500 por una colonización portuguesa implacable, que no le dejó más que comer *feijoada*, ese guiso de frijoles y las partes

menos nobles del cerdo y que todavía se perpetúa como plato típico del que todo el mundo está más que orgulloso, el pueblo no quiere más que le dejen en paz y trata de evitar los problemas, plantándole cara a las inevitables vicisitudes de cada día con el máximo de picaresca de que es capaz.

Cuando las luchas callejeras se hacían indispensables contra el tirano de turno, cuando los intelectuales se convertían en guerrilleros y secuestraban muy cinematográficamente al embajador de Estados Unidos, otro gallo le cantaba a la izquierda. Era cuando Fernando Gabeira, brasileño guapetón, de 57 años de edad, y rostro de intelectual europeo, todavía no era el único diputado verde de Brasil. Corría la mañana calurosa del 4 de septiembre de 1969. El embajador del todopoderoso ente llamado Estados Unidos de América, Charles Elbrick, salía de su residencia en un Cadillac para dirigirse a sus oficinas, en el centro de Río de Janeiro. Al parecer, ni siquiera llevaba escolta. Porque, ¿quién iba a ser suficientemente loco para atacar al representante del país más poderosos del mundo, cuyos servicios secretos ayudaban a la dictadura en sus trabajos más sucios y que dominaba el mundo? Era una cosa totalmente surrealista, se decían los servicios secretos norteamericanos, sin darse cuenta esos analistas, quizá víctimas de la cachaza, el aguardiente local, de que Brasil es el país más surrealista que puede echarse uno a la cara.

Y un grupito de niños de buena familia, estudiantes aburridos cuando todavía el *ectasy* no había aterrizado en el planeta Tierra se encargaron de demostrarlo.

De un grupúsculo autodenominado Movimiento Revolucionario 8 de Outubro (MR8) formaba parte Gabeira. A uno de sus compañeros se le ocurrió la peregrina idea de apoderarse del embajador para obligar al gobierno a soltar a algunos compañeros que habían sido apresados y que eran torturados según las cos-

tumbres impuestas por los consejeros norteamericanos llegados para echar una mano al salvador de la patria de turno.

Un montón de años después, casi como si estuviese viendo la excelente versión cinematográfica del libro del propio Gabeira «O Qué E Isso, Companheiro?», el ya diputado me contaba su aventura en uno de los gigantescos salones de la Cámara de Diputados, en Brasilia, que, como todo en esta capital, parece una dependencia de una nave espacial que hubiese aterrizado en lo que fuera una inmensa sabana o estuviese a punto de despegar.

El embajador permaneció en manos de sus secuestradores del 4 al 8 de septiembre de 1969, tiempo suficiente para que la inexperiencia de los autores permitiese a la policía localizarlos. Gabeira escapó del negocio con un tiro que le hizo perder parte del estómago, un trozo de riñón y algún material de los pulmones. Luego le deportaron, como a tantos otros, al extranjero y cuando regresó a Brasil, una vez proclamada la amnistía general, decidió encarrilar sus pasos por los sedosos pasillos de la Cámara de Diputados, en lugar de andar correteando por el paupérrimo nordeste como un Robín de los bosques. Es probablemente una cuestión de «tempo», como él mismo reconoce. En lugar de interceptar cádillacs de embajadores, ahora prefiere presumir de desplazarse en las autopistas que son las calles de Brasil en una bicicleta que aparentemente sólo saca de su minúsculo despacho de diputado cuando se lo pide algún fotógrafo. Aunque come y bebe todos los días en los más elegantes restaurantes de la capital y viste trajes de lo más sofisticado —es decir, todo lo contrario de lo que puede permitirse la inmensa mayoría de sus compatriotas—, Gabeira ha sido en el fondo una especie de prototipo del brasileño medio que ha comprendido que no vale de nada pegarse contra la pared y que es preferible y más práctico vivir lo mejor posible sin preguntar nada que pueda molestar a los poderosos.

En el extremo opuesto de esta izquierda con guantes de seda, que prefiere ocuparse de ecología más que del hambre corriente y moliente, se encuentra Luís Inácio Lula da Silva, uno de los personajes más interesantes del Brasil del siglo XXI, con aspiraciones a figurar entre las grandísimas potencias que en el planeta son.

Lula, como se le conoce, como todo el mundo le llama y como él quiere que le llamen, es todo lo contrario de ese Fernando Henrique Cardoso, FHC, tan culto y refinado. Obrero metalúrgico cuando todavía había que pelearse contra una dictadura, Lula se crió en una casa típicamente brasileña, con muchas bocas hambrientas y poco de comer. No se sabe si alguien le dictó su conducta, pero lo cierto es que aunque pueda conocer a Marx de oídas entendió desde chiquillo que en esa vida que le había tocado vivir sus únicas armas para salir adelante eran el valor y el valor. Cuando todavía los militares se entretenían en colgar por los pulgares a algunos revoltosos y en animar este tipo de pasatiempo aplicándoles corriente eléctrica donde más daño hace, Lula se echó a la calle y consiguió poner en marcha en 1978, siendo ya presidente del sindicato de obreros metalúrgicos de San Bernardo y Diadema (dos barrios de Sao Paulo), la primera huelga de obreros en la región paulista, tradicional pulmón económico de Brasil. Lo metieron preso, pero no presume de que el pedazo de dedo que le falta en la mano izquierda se lo quedaran los militares. Dice sin empacho que lo perdió cuando era tornero, oficio que comenzó a aprender a los quince años de edad, después de haber pasado su anterior infancia reventándose de trabajar como vendedor callejero. Y ser «cameló» en Brasil no tiene nada de realmente elegante. Nacido en 1945, en Garanhuns, un lugar perdido de Pernambuco, en el nordeste, donde el hambre sigue matando a cientos de miles de brasileños todos los años cuando llega el momento de la sequía y el cielo se niega a llover, lo que sucede casi

durante los doce meses del calendario gregoriano, Lula mete miedo a los brasileños aunque sea el hombre más cariñoso del mundo. Los miserables quizá voten a veces por él, porque el hambre les pesa demasiado incluso cuando la resignación se ha convertido en una fórmula de supervivencia y cuando se piensa genéticamente que siempre puede ser peor. La gente que come y la clase media alta casi ni le miran a la cara. Unos y otros consideran que si un día su Partido dos Trabalhadores (PT) llegase a mandar en Brasil, quitaría el almuerzo a los más pobres y a los otros se les metería en sus casas para echarlos a la calle. Aunque la izquierda brasileña es de un pacifismo atroz, que deja perplejo por la ineficacia que implica, los electores siguen viendo en los izquierdistas a esos monstruos con el cuchillo entre los dientes que durante muchos años dejó en Francia al partido comunista en la estacada, incluso muchísimo antes de que se descubriese que los crímenes perpetrados por el comunismo soviético habían sido todavía más atroces que los del régimen nazi.

En este contexto, nada tiene de extraño que Lula sea realmente un héroe hemingwayano, un auténtico perdedor al que nada le sale bien. Cuando se presentó a la elección para la Presidencia de la República por primera vez era en 1989 estaba muy bien situado en la última recta de la carrera contra Fernando Collor de Mello, guapo, inteligente y multimillonario. Tanto que estuvo a punto de ganar. Pero en los últimos metros hacia el palacio de Planalto le sacaron a relucir un negocio de amante y de aborto. Y se le cayó el pelo. Los brasileños comprendieron que no se puede ser pobre y presidente, que un pobre es forzosamente malo y culpable aunque algún demente quiera probar o pruebe lo contrario. En 1994 Lula volvió a intentarlo contra Fernando Henrique Cardoso, FHC o también, como le llaman algunos de sus amigos, Fernando Henrique el Hermoso. Y una vez más se quedó sin

dientes. No contento con ello, cuando FHC hizo reformar la Constitución porque consideraba que con sus cuatro primeros años de gobierno no le había dado tiempo para hacer todo lo que quería —su segundo mandato lo inauguraría con la caída en picado de la moneda nacional—, el ingenuo Lula volvió al ruedo. Y contrariamente al dicho de que «a la tercera va la vencida», a él volvió a salirle el tiro por la culata y seguramente pasará a la historia como el hombre que tres veces consecutivas perdió la posibilidad de ser Presidente de Brasil. La única ocasión que la izquierda ha tenido de poner en práctica un discurso típico de la izquierda, aunque el PT haya superado ya un poco la etapa de la revolución del proletariado para fijarse metas más en consonancia con la política de globalización que FHC ha impuesto en Brasil. Ese modernismo lo representaba en 1999, dentro de las filas de la izquierda y del PT, y quizá con miras a la elección presidencial del año 2002, el profesor universitario Cristovam Buarque, que en la campaña del 98 había asesorado a Lula. Rechoncho, este ex gobernador de Brasilia, cargo que perdió un poco inexplicablemente en esas mismas elecciones frente a Joaquim Roriz, un hombre de la derecha más clásica y más o menos amigo del Presidente. Y, he aquí otra de las grandes contradicciones brasileñas: los votos decisivos se los procuraron los habitantes pobres de los pueblos de la periferia de la capital federal. Algunos politólogos explicaron que, con todas las diferencias de clase y políticas, al *fazendeiro* Roriz, especie de cortijero, le consideraban más cerca de sus preocupaciones que al intelectual Cristovam Buarque, por quien votó una parte de la clase pudiente, en particular universitarios y gente acomodada con un pelín de sensibilidad izquierdista o por lo menos anticardosista. Buarque es uno de los personajes del PT que más se destaca y uno de los pocos de este partido que, a juicio de algunos analistas, ten-

dría una posibilidad «razonable» en una elección presidencial frente a un candidato que en 2002 probablemente salga de las filas de la mayoría del mismo FHC.

No obstante, aunque sabe que haría falta un milagro para que la izquierda gobernase un día en Brasil, Cristovam Buarque se decía convencido de que la presidencial de 1998, cuando Lula lo intentó por tercera vez, pero realmente contra su voluntad y a sabiendas de que, como él mismo decía, iba a ser sacrificado en «el altar de la izquierda», no era la ocasión ideal para que la izquierda se abriese paso hacia el palacio de Planalto. Buarque reconoce que el PT está trabado por el pasado de la dictadura, cuando este partido surgió como desafío. Pero se radicalizó tanto alrededor del entonces líder petista, Lula, que una parte importante de la dirección nacional está convencida de que es el único que puede llevarles a la victoria.

«Después de ser un partido de trabajadores —dice el universitario—, el PT pasó a canalizar las reivindicaciones de los grupos corporativistas, pero sin tener una propuesta clara para todo el país. Ahora está surgiendo un partido que ya no es centro de las reivindicaciones específicas de esos grupos sino un elemento transformador de la sociedad... Pero el culto hacia el fundador del PT es absurdo. Si el cristianismo se hubiese circunscrito al círculo de los doce apóstoles, ya habría acabado.»

En el fondo, le es también difícil escapar a los tópicos de «una mejor distribución de la renta», cuando sabe que los grandes capitostes del país nunca permitirán que los pobres sean algo más que pobres y que los muertos de hambre del nordeste no paguen religiosamente su cuota anual de cadáveres de la hambruna. Porque para ellos, que tienen el poder entre sus manos, es un argumento electoral. Cuando se acercan las elecciones, diputados, gobernadores, alcaldes y cualquier candidato a lo que sea promete el oro

y el moro. La clientela de los campesinos nordestinos es excelente, porque basta distribuir durante unas semanas cestas básicas de alimentos para ganarse los votos de familias enteras. Un empleo, por penoso y mal pagado que sea, también asegura fidelidad al candidato. Y en algunas provincias del nordeste, según testimonio de un alto dignatario de la Iglesia Católica, las mujeres deciden los votos por una ligadura de trompas que les permita escapar a la pesadilla de hijos no deseados y que saben que nunca podrán alimentar.

Toda la izquierda entiende que la única forma de que los brasileños recobren algo de dignidad es conseguir que puedan ir a la escuela, desde la primaria a la universidad, con lo cual se asegurarían un empleo y un sueldo menos malo. Pero quienes están en el poder también conocen la potencia del arma de la enseñanza y el peligro que puede representar. A la universidad van mayoritariamente quienes tienen padres que ganan sueldos decentes y pueden ayudarles, pese a que muchos estudiantes de condición más que humilde se empeñen en llegar a las aulas universitarias como medio de emancipación social. Cristovam Buarque es el inventor de la llamada «*bolsa escola*», que consiste en asegurar a las familias un ingreso mensual por pequeño que sea y en general equivalente al sueldo mínimo interprofesional, alrededor de 150 dólares, a condición de que manden a sus hijos a la escuela. Pero aunque la idea es genial y ya fue adoptada en varios países de América Latina, no pasa de ser una utopía más en el país de las utopías. Muchas familias brasileñas no tienen más remedio que mandar a trabajar a sus niños, a veces en labores tan penosas como el corte de caña de azúcar o las carboneras, para no morir de hambre. Y se han dado muchísimos casos de niños y adolescentes de los dos sexos que se prostituyen con el acuerdo de los padres y a veces con la connivencia de los mismos. En el nordeste, una chiquilla boni-

ta sabe que esa es su única salida y algunas han llegado a la prostitución después de haber sido violadas repetidas veces en sus casas por familiares, a veces, incluso por sus padres. Pero sin ir más lejos y sólo teniendo en cuenta la cifra de cuatro millones de niños que trabajan en Brasil, citada tanto por Buarque como por organismos especializados, la aplicación del principio de la «*bolsa escola*» costaría anualmente al Estado mil millones de reales por año. Y para un país que está empeñado hasta las cejas con el FMI, y al que tras los recortes presupuestarios impuestos por este organismo ya le costaba asumir sus responsabilidades normales en el dominio de la salud y de la educación, la idea de Buarque parece todavía más utópica, aunque ello no quitase para que FHC prometiese sin mayores requisitos que era capaz de dar educación a sus más de 165 millones de sujetos. Pero muchos organismos internacionales lo ponen en duda, basándose en datos básicos de la economía nacional. Y aunque el profesor Buarque presume de que la izquierda tiene «dos palabras claves: esperanza y confianza», hasta ahora no ha conseguido convencer a los brasileños que, por surrealista que parezca, tienen más fe en lo que pueda hacer por ellos FHC o algunos de los otros elegantes políticos que les rodean.

LOS CURAS «IZQUIERDISTAS» ASUSTAN AL PODER

La Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB) es el órgano máximo de la Iglesia Católica de Brasil. Su sede está perdida entre las de las embajadas, que ocupan un sector exclusivo en la particular Brasilia, lejos del mundanal ruido. Sus vecinos más inmediatos son la embajada de Rusia y la de la Santa Sede. Pero podría apostarse con grandes posibilidades de no equivocarse que ni el embajador ruso ni el Nuncio Apostólico tienen demasiada simpatía por el vecino. En un Brasil que es un volcán apagado que en cualquier momento podría entrar en erupción «si se reuniesen las razones históricas necesarias», apunta con sorna un viejo corresponsal extranjero, la CNBB es una especie de «mediador» silencioso entre un pueblo infinitamente pobre y un gobierno infinitamente rico y poderoso. Muy atrás en el tiempo quedaron aquellos teólogos de la liberación que en los años sesenta habían lanzado en toda América Latina la idea abracadabrante para el conservadurismo católico de entonces de que la Iglesia tenía que preocuparse no solamente de los problemas espirituales sino igualmente de lo político y lo social. Pero los dirigentes del actual catolicismo brasileño nada tienen que envidiarles en las ganas de luchar.

En 1999 el presidente de la CNBB era Dom Jayme Chemello, un antiguo obispo del sur, la región más rica de Brasil, la única donde los brasileños pueden tener ojos verdes y cabellos rubios, y ello por influencia de las emigraciones europeas, especialmente italiana, a quien no se la daban con queso.

El Presidente de la República le temía como una vara verde, porque sabía que tanto él como su orondo secretario general, Dom Raymundo Damasceno, les cantaban regularmente las cuarenta, durante audiencias en el palacio de Planalto, adonde los dos obispos acudían periódicamente en busca de «justicia social para los pobres».

Esta «radicalización» de la Iglesia se hizo más patente desde que el FMI entró en Brasil con exigencias que, de acuerdo con la CNBB, se convertían en una letra de cambio que pagarán, sobre todo, los más pobres. En vísperas de las Navidades de 1998, cuando FHC ya tenía en el bolsillo un nuevo mandato presidencial de cuatro años, Dom Jayme dejó constancia de lo que intentaba con un mensaje navideño que sentó como un tiro en los alfombrados pasillos del palacio presidencial de Planalto. Tras un comienzo muy civilizado sobre la alegría del nacimiento de Jesús, el personaje clave de los pobres, el documento arremetía contra el gobierno diciendo que la desigualdad social, a la que ya se había referido en algún escrito más de un organismo internacional, había alcanzado niveles intolerables.

Aquí van algunos momentos fuertes de este «*encarte do boletim da CNBB*» que llevaba el número 450:

«Es inaceptable el contraste, entre, por un lado, lo que pueden ganar algunas categorías sociales que, considerándose únicamente el salario base, equivale a casi cien veces el sueldo mínimo (el salario mínimo interprofesional era en Brasil de unos 65 dólares mensuales a comienzos del 2000) y, por el otro, la multitud de brasileños que no reciben ni la mitad de ese sueldo mínimo y ello cuando tienen un empleo.

Es inaceptable que, justo en vísperas de Navidad, puedan decidirse, sin un control democrático efectivo, grandes aumentos (salariales) para algunos funcionarios públicos mientras otros no

consiguen ningún aumento desde hace varios años y hay trabajadores que no tienen más remedio que aceptar un recorte de sus sueldos para no ser despedidos.

Es inaceptable el contraste entre los sacrificios que se exige a todo el pueblo pobre mientras nada se reclama a las grandes fortunas...

Es inaceptable que se discuta la reducción de los presupuestos para la educación, la salud y la reforma agraria (dentro de las exigencias del FMI sobre recortes presupuestarios) mientras altos intereses conceden beneficios inicuos a los capitales especulativos (los mismos que provocaron la caída de la moneda nacional)...»

Finalmente, los obispos aludían a la secular sequía en el nordeste, subrayando que «medios de comunicación social anuncian que, de persistir las actuales condiciones (climatológicas), un millón de personas podrían morir en el nordeste a consecuencia de la sequía de este año».

La cifra no tiene nada de sensacionalista y probablemente está por debajo de las previsiones que suelen hacerse. En el nordeste, las muertes provocadas por la infernal ecuación de la falta de lluvia equivale a una falta de alimentos y desemboca en una agonía lenta y anunciada de ciento de miles de personas a lo largo del año. Son como fallecimientos naturales, que en ningún momento se contabilizan como víctimas de una de las injusticias sociales más espantosas, la que impide que un ser humano tenga el mínimo vital para subsistir. Pero no hay que creer que esto sucede de forma desapercibida, ya que las televisiones informan regularmente sobre la hambruna, que llega incluso a convertirse en un espectáculo televisado, con las escenas clásicas del ganado que se muere con la piel pegada a los huesos y los hijos de campesinos que devoran los alimentos destinados al ganado, cuando todavía queda algo. Fatalismo o insensibilidad, el caso es que nadie le atri-

buye mayor importancia al asunto, que se perpetúa desde tiempos inmemoriales y que casi se ha perfeccionado desde que políticos de todas las tendencias saben que el hambre da votos.

La rabia que la Iglesia Católica refleja regularmente en sus intervenciones, muchas de ellas por boca de Dom Jayme, al que el poder había invitado más de una vez a «meterse en sus asuntos espirituales» en lugar de arremeter contra los todopoderosos banqueros que saquean el país, contra jueces para quienes la justicia es una forma de enriquecerse y contra los políticos para los que el poder justifica cualquier atropello, la sintetizaba mensualmente en una carta de análisis el Padre Virgilio Uchoa, un sacerdote alto y corpulento, que parecía cansado de vivir. En su rostro raramente aparecía una sonrisa, pero sus análisis, que publica en Internet, y a los que alude raramente la prensa nacional, son de lo más pertinente. El asesor político de la CNBB, éste era oficialmente su cargo, era de una rara lucidez a la hora de pasar revista a los acontecimientos marcantes del momento, en la perspectiva de lo que sucede en Brasil.

Es probable que, como Dom Jayme o Dom Damasceno, el Padre Virgilio tuviese más de un rato la impresión de predicar en el desierto. Si es indiscutible que al gobierno le importa mucho lo que dice la Iglesia por razones bajamente electorales, pocas medidas ha tomado hasta ahora como consecuencia directa de una bronca de la CNBB, que los gobiernistas asimilan a la izquierda donde, casualmente, el Partido dos Trabalhadores tenía a finales de 1999 el único cura diputado, un robusto sureño, el padre Roque, que en medio de sus 512 colegas sin sotana ni cruz, se las veía y se las deseaba para mantener una fe cristiana que muchos años atrás le había valido ser perseguido por la dictadura militar.

No obstante, la CNBB no se desanima y todos los años lanza campañas que tienen enorme repercusión en los medios de comu-

nicación, pero ningún o casi ningún efecto práctico. Sus filípicas, como la de Navidad, suelen centrarse en la miseria del pueblo, como en esta nota del 29 de octubre de 1998, cuando Brasil se veía envuelto en la vorágine de la crisis financiera internacional de la que todavía no ha salido:

«Lo que nos preocupa es la situación que vive el pueblo, dentro de un marco social escandaloso de desigualdad y miseria que caracteriza a nuestro país (...). Aumentan nuestros temores con el aumento de las dificultades que se imponen al sufrido pueblo, tanto más cuanto que vemos cómo las decisiones económicas, inspiradas por el Exterior, no hacen más que confirmar orientaciones políticas que están siendo cuestionadas (...). ¿Por qué no se da prioridad a políticas que enfrenten el problema del desempleo, de la miseria y de la desigualdad creciente? Muchos se preguntan si no tenemos más salida que la sumisa integración a una globalización dictada simplemente por la lógica del mercado y dirigida por los intereses del sistema financiero y del capital especulativo, que no admite ninguna restricción y hace aún más profunda nuestra dependencia del exterior (...). ¿No cabría resistir a las exigencias impuestas a Brasil por organismos internacionales más preocupados por la salud de las Bolsas de que por la salud del pueblo? ¿Es realmente necesario aumentar todavía más nuestras deudas sociales para cumplir los compromisos de nuestras deudas financieras externa e interna?»

Son todas ellas reflexiones que no hacen la menor gracia al gobierno, al que la Iglesia Católica ataca igualmente, denunciando machaconamente las diferencias sociales y de reparto de renta que convierten a la mayoría del pueblo en excluidos de una sociedad que, por otra parte y en manos de una minoría todopoderosa, tiene las celebraciones jubilosas de quienes pueden desayunar en Río y cenar en Nueva York. La Iglesia Católica, con altos y

bajos en cuanto a la fe de los brasileños, que estadísticamente son más de un noventa por ciento, es una Iglesia muy luchadora y la CNBB asusta a sus vecinos de la Nunciatura, donde se ve con malos ojos y en todo caso con extrañeza cómo muchos brasileños llegan ya a confundir los llamamientos de los obispos con los de la izquierda.

Para el cura rojo de la Cámara de Diputados, el padre Roque Wimmermann, miembro del PT, su partido estaba entonces más cerca de Jesucristo que nadie en Brasil : «Estoy convencido de que si hablamos de finalidad, de ética, de postura moral, el PT es el partido que más cerca está de todo cuanto predicaba Jesús. Puede que esté equivocado, pero es mi profunda convicción.»

Sea como fuere, los obispos brasileños comulgan con el Papa Juan Pablo II quien durante su visita a Río de Janeiro el 4 y 5 de octubre de 1997, apenas se había bajado en el avión que le conducía desde Roma al aeropuerto carioca, empezó a criticar abierta y públicamente al Presidente Fernando Henrique Cardoso, diciéndole claramente que la situación de miseria no es un estado normal y que había que remediarlo. Y ello pese al carácter sumamente conservador del Papa en temas tan sensibles para el Tercer Mundo como la familia. A Río había llegado oficialmente, en su tercer viaje a Brasil (los anteriores tuvieron lugar en 1980 y 1991) para asistir al II Encuentro con las Familias.

Los brasileños se percataron inmediatamente de que el hombre no iba a hablarles del uso del preservativo, que ellos detestan por machismo puro y no por razones que tengan que ver con las del Vaticano, sino que les llevaba desde Europa una bocanada de esperanza y de bondad. En la explanada del Flamengo, uno de los más bellos lugares de Río, Juan Pablo II celebró una misa a la que asistieron dos millones de personas en un delirio de fe. Presente desde la noche anterior para conseguir sitio, la gente era macha-

cada por el sol veraniego, pero prefería tener que ser evacuada por los servicios sanitarios antes que rendirse y abandonar el lugar que tanto les había costado conquistar. Fue una misa que aparentemente encantó al Papa, en la que los seculares ritos tomaron vacaciones en las voces ritmadas de un coro de niños cantores, en la del mismísimo cantante Roberto Carlos, cuya fe proclama en todas sus canciones, y que fue arrastrando su pierna artificial por unas empinadas escalinatas para poder abrazar al Papa.

La llegada del Sumo Pontífice a Flamengo recordaba a muchos aquellos ballets de los *Village People*. Los aguadores, muchachitos perfectamente vestidos a los que se había coronado con un casco amarillo, se colocaron en fila con sus repartidores de agua igualmente amarillos, a lo largo de la entrada. Y de pronto, sin que nadie supiese si aquello formaba parte de la coreografía de los organizadores, unas bellísimas y elegantísimas muchachas de la clase alta brasileña, que fungían como acomodadoras benévolas, se dieron la mano y sus caderas empezaron a moverse con ritmo de samba que salía de las manos que daban palmas y de las voces que gritaban con el corazón. El Papa sonreía tímidamente sin saber con qué carta quedarse, mientras los uniformes azules del más estricto corte de las chiquillas, saltaban delante de sus ojos deslumbrados por el sol que caía como una maldición bíblica sobre el llamado aterro do Flamengo. Pero los brasileños todavía no habían dicho su última palabra.

Otra noche pegadiza de calor, el estadio de Maracaná dejó de ser el templo del fútbol para convertirse en la catedral más apabullantemente emotiva de toda una humanidad de miseria, que haciendo olas como en los grandes momentos del balompié y dejando que sus gargantas se desgañitasen, permitían traslucir sus esperanzas y sus angustias. Y esa música que sólo saben conjugar los brasileños invadía el estadio. En todo lo alto de un escenario

gigantesco, el Papa sonreía y pese a su tembleque habitual no podía evitar que el cuerpo se le fuese al ritmo de la música. Por momentos, daba la impresión de querer unirse a las voces bañadas por la alegría y la fe. En las tribunas, dos periodistas extranjeros, muy lejos del catolicismo, se miraban sorprendidos y no podían contenerse: «Se me pone la carne de gallina», confesaba la enviada especial de una agencia de noticias norteamericana. Aunque iba de sorpresa en sorpresa, al Papa todavía le quedaba por conocer uno de los momentos más tremendamente humanos de la visita, cuando decidió bendecir una de las peores cárceles de Río de Janeiro. Varios presos, algunos de los cuales cumplían condena por espantosos crímenes, agarraron las manos del Papa como si en ello les fuera la vida. Y mientras los guardaespaldas del Vaticano y los servicios de protección brasileños temblaban pensando en lo que había ocurrido en la plaza de San Pedro, cuando un tal Mehmet Ali, había disparado en 1981 contra el hombre que con sus manos, que ya no paran de temblar, quería llevar un poco de amor y de esperanza a aquellos criminales de Río. La Iglesia Católica, en una de sus tradicionales campañas en favor de los desfavorecidos, evocaba el drama de todos aquellos, jóvenes y viejos, pero igualmente pobres, que no habían podido escapar al infierno de las cárceles, donde viven hacinados como animales. Las terribles fotos publicadas por la CNBB con motivo de aquella campaña sobre las prisiones, eran sencillamente terroríficas y después de verlas es difícil pensar que algo tan espantoso pueda ser un castigo para un ser humano, que a veces ni siquiera está siendo castigado por un delito grave. Dom Jayme volvió entonces a dar pruebas de los pocos pelillos que tenía en la lengua para aleccionar a los periodistas: «A las cárceles no van a parar más que los pobres. Y si eres pobre y negro tienes todas las papeletas en el bolsillo».

Por aquellos días, la *sexy* senadora del PT Martha Suplicy me contaba en los pasillos del Parlamento que, durante un viaje a Río de Janeiro, había sido atracada por un muchacho de diez o doce años que le puso un casco de botella en la garganta al tiempo que le pedía su bolso: «Era espantoso, el muchacho estaba desesperado, era negro y pobre y sabía que no tenía la menor posibilidad de sobrevivir en nuestra sociedad». Las condiciones de vida en las cárceles son tan espantosas que el Papa había sido informado y no había querido dejar pasar la oportunidad de ayudar moralmente a los presos, al tiempo que estigmatizaba con su gesto la inacción del gobierno en materia carcelaria. Casi todos los fines de semana se producen en Brasil una o varias fugas masivas de presos por paquetes de doscientos o trescientos. En los correccionales, la situación es igualmente catastrófica, pero nadie pone un freno a nada, como si a nadie le interesara o como si a nadie importase, lo que probablemente sea la misma cosa.

Mientras la Iglesia Católica trata de combatir los males sociales, que no solamente es la lucha contra el hambre sino que engloba cruzadas periódicas contra el hambre, el destino de los niños de las calles, la injusticia social, la corrupción electoral, otras iglesias que a veces no son más que sectas disfrazadas, le hacen una competencia todo terreno centrando su acción en lo terrenal e inmediato. La más poderosa de las enmarcadas en el movimiento neopentecostalismo, surgido en los años setenta, es la Igreja Universal do Reino de Deus. Sus pastores, al igual que las de las otras iglesias hermanas, se conforman a la llamada teología de la prosperidad, según la cual, y contrariamente a la doctrina católica, los fieles deben de encontrar la felicidad material en este mundo, sin esperar a morir para llegar al paraíso. La Iglesia Universal es el prototipo de instituciones que explotan a fondo la esperanza de quien no tiene nada o tiene muy poco. La fundó el «obispo»

Macedo en 1977 y amén de tener un *lobby* parlamentario, constituye un poder comercial impresionante. Con sus más de tres millones y medio de fieles, a los que se les exige rigurosamente y mensualmente el pago del diezmo, en general un diez por ciento de la nómina del feligrés, tiene en Brasil más de dos mil templos, muchos de ellos viejas salas de cine, que convierten en locales donde regularmente se representan ritos exorcistas y se juega a hacer milagros. A cambio, los pastores, que a veces son auténticos gañanes cuya única virtud teológica estriba en una cierta facilidad de palabra y en saber engañar a sus oyentes, prometen todo tipo de felicidades en lo que los católicos consideran menos prosaicamente un valle de lágrimas. En los espectáculos en directo o por radio y televisión prometen trabajo y dinero con la misma facilidad que los curas católicos prometen el cielo y el infierno. Con una pasmosa facilidad afirman que cuantos más «sacrificios» hagan, es decir, cuanto más dinero den a la iglesia, más cosas conseguirán gracias a la intercesión de Dios. Y esas «gracias» van desde el empleo buscado y no encontrado a la posesión de un negocio propio, un teléfono móvil o un coche. Y no es nada extraño que en sus emisiones radiofónicas o televisadas los fieles juren que han conseguido todo lo que querían. Pero ya no sólo el puesto de trabajo o el perseguido móvil, sino el favor de habersele permitido salir del alcoholismo, de haberse curado de una enfermedad espantosa y de todo un etcétera que resumen las carencias de una sociedad como la brasileña. La Iglesia Católica se ha negado siempre a pelear con esas mismas armas y ha conseguido en los dos últimos años recuperar cientos de miles de fieles que habían huido hacia esas promesas, gracias a un sacerdote con poco más de treinta años de edad, el padre Marcelo Rossi, quien ha convertido sus misas en las afueras de Sao Paulo en auténticos espectáculos a los que acuden regularmente más de sesenta mil

personas. Y la verdad es que se limita a orar a través de canciones muy trepidantes, algunas salidas del folklore protestante, y sin abandonar ni siquiera la pesada casulla, introduce en la aridez de la misa un ritmo trepidante como el que tanto gustó al Papa en su última visita a Río.

LOS CAMBOYANOS ROJOS BRASILEÑOS

En los últimos años, el llamado Movimiento de los campesinos sin tierras, MST, ha mantenido en jaque todos los intentos del gobierno brasileño que afirma haber realizado la reforma agraria, lanzada por el izquierdista presidente Joao Goulart en los años sesenta. Desde entonces, el MST y los encargados de esa reforma dentro del gobierno no han conseguido ponerse de acuerdo en un concepto primordial : ¿qué es la reforma agraria? o, mejor dicho, ¿que debería ser la reforma agraria? Durante su gobierno, el presidente Cardoso ha jurado y perjurado que ha dado más tierras que nadie y que en cuatro años de su primer mandato presidencial hizo por esta reforma más que los gobiernos que se sucedieron en los últimos treinta años. Fuentes oficiales aseguran que en 1995 el gobierno consiguió instalar en tierras a un total de 42. 916 familias y 62. 044 el año siguiente. Por su parte, el MST proclama que no es bastante, que la reforma no está bien hecha, que hay cuatro millones de familias en espera de que les den un surco de tierra. Y por su cuenta y riesgo manda a campesinos más o menos hambrientos a ocupar tierras sin cultivar que sus propietarios abandonan a su suerte en espera de que el Estado les de un buen dinero por ellas, precisamente dentro de los planes de la reforma agraria. Y esas ocupaciones, que no cesan, se transforman a veces en carnicería. Porque los terratenientes mandan a cuadrillas de pistoleros para echar a los campesinos, que a veces ni son tan campesinos ni están tan desarmados. El 17 de abril de 1966, en la localidad de Eldorado dos Carajas, sur del estado de Para, en

el noreste, 155 policías militares (PM) mataron a 19 campesinos en lo que un fiscal calificó de «cacería sanguinaria». Hubo incluso ejecuciones sumarias de acuerdo con lo dicho por otro participante de parte de la ley. También se afirmó que los sin tierras llevaban armas y que las utilizaron. Aunque se ha convertido en un símbolo, en la cruz de los izquierdistas campesinos sin tierras, Eldorado dos Carajas no fue finalmente más que uno de esos sangrientos episodios entre buenos y malos. Estadísticas de la Iglesia Católica indican que el año 1995 hubo nada menos que 653 enfrentamientos, en invasiones que llegaron a superar en un 172 por ciento las llevadas a cabo anteriormente. En ese período de tiempo el número de campesinos o similares asesinados ascendió a 46. El 17 de abril de 1997, fecha recuerdo de los mártires de Eldorado dos Carajas, miles de desahuciados por los bancos que no les prestarían dinero ni para comprar una mazorca en una fiesta, habían llegado a Brasilia, tras haber arrastrado sus playeras de goma desde los cuatro puntos cardinales del inmenso Brasil. Entre 30.000 y 100.000 manifestantes, según dijo la policía o los organizadores, se presentaron en el centro de la capital de todos los poderes, frente a los ministerios que rigen sus vidas, frente al poder que no les deja vivir. Había hombres hechos y derechos, con voluntad de ganar y fuerzas para hacerlo. Había otros, más viejos y más desesperados, con la falta de voluntad que da un uso ininterrumpido de la desgracia. Las mujeres hacían lo que podían para animar la manifestación. Los niños llegaron a convencerse de que sus mayores les habían llevado a una de esas fiestas populares que los brasileños saben organizar con cuatro botellas de cerveza y montañas de canciones y risas. Y más se convencieron cuando sus vecinos de marcha empezaron a cantar por las calles-avenidas mientras hacían revolotear sobre sus cabezas banderas tan rojas como las gorras que les protegían del sol, pero que

también servían en tiendas improvisadas para recaudar fondos para los huelguistas. Fue un solo día de locura que bastó para que el gobierno de FHC estuviese convencido de que los malditos eran capaces de invadir ministerios y quizá hasta el palacio presidencial. Pero no ocurrió nada de eso, aquello era la fiesta de la dignidad reconquistada durante un rato por hombres que quizá, en su fuero interno, hubiesen estado recorriendo dos o tres mil kilómetros que les traía desde sus estados natales a Brasilia sin poder quitarse de la cabeza que allí les iban a acoger y que quizá hasta les iban a matar. Los más viejos sabían que nada de eso iba a ocurrir. Llegaron a un pacto con las autoridades para dejar a la entrada de Brasilia sus herramientas del campo, hoces y otros utensilios cortantes, mientras la policía encargada de preservar el orden formaba cordones de seguridad con las cartucheras ostensiblemente vacías. Allí no pasaba nada y la sangre no correría. Si Hemingway hubiese andado por allí, seguro que habría dicho que Brasilia había sido una fiesta y quizá hasta habría hecho doblar las campanas de la catedral a cuya entrada montan una guardia estática desde 1960 varios y gigantescos apóstoles moldeados en bronce. Fiesta de la esperanza, algo que los brasileños celebran más de la cuenta, porque su esperanza no es finalmente ni estruendosa ni vengativa. Para el gobierno, el susto de verse rodeados de todos aquellos olvidados de la vida cuya única indumentaria decente eran las gorras con la mención de «Reforma agraria, una lucha de todos». Lucían el lema a ambas partes de las flamantes gorras rojas. Lo único flamante de aquellos hombres, junto con las banderas. Sus ropas estaban deshechas por la miseria que se ha llevado mucho y sus zapatillas de goma estaban gastadas hasta las cuerdas de la paciencia. Los rostros disimulaban el cansancio y la frustración, gracias al sol que los había tostado. Al día siguiente se marcharon a sus casas, a muchos kilómetros de

Brasilia, dejando a los gobernantes retomar el ritmo normal de sus negocios. Allí no había pasado nada. Ese día siguiente, los basureros habían dejado las autopistas-avenidas como si a lo más hubiese habido un desfile de carnaval.

El MST podría haberse convertido en partido político hace ya mucho tiempo, dentro de las filas de la izquierda, pero sus dirigentes, bastante radicales, siempre se han negado a esta entrada en la normalidad democrática. Argumentan que la reforma agraria todavía tiene mucho que andar. El ministro encargado de la misma en el gobierno de Cardoso, Raul Jungmann, un hombre que tuvo sus más y sus menos con el partido comunista en tiempos de su juventud, es sumamente brillante y conoce el tema como nadie. Más de una vez se ha sentado en la misma mesa con el MST, probablemente más para definir qué es la reforma agraria que para resolverla. La impresión es que a ninguna de las partes le interesa que se acabe la instalación de campesinos en tierras por labrar. Parece como si unos y otros quisieran alargarla hasta el infinito, o hasta que una de las dos partes arroje la toalla. Es una lucha de poderes en la que los campesinos parecen el saco de arena en el que los boxeadores descargan sus iras y sus frustraciones. A veces la izquierda, y sobre todo el PT, parecen en desacuerdo, como si algo les molestase en esta lucha sin fin que parece no tener un objetivo concreto a no ser mantener vivas las terribles heridas provocadas por los ya rutinarios enfrentamientos entre miembros del MST y los represores. Como si a nadie le interesara que la palabra paz apareciese en la pantalla donde se da esta película, en una interminable sesión permanente en la que los guionistas parecen rivalizar en crueldad. Para un observador de la vida nacional, un periodista extranjero, por ejemplo, la impresión que prevalece al cabo de un tiempo es que el MST es una fuerza social indispensable para el equilibrio democrático de Brasil y no

porque un día consiga que todos los infelices que no tienen donde caerse muertos ni siquiera de hambre puedan tener un trocito de tierra. La experiencia demuestra que hay mucho mito y mucho fracaso en esta vuelta a la tierra. Cualquier observador pasablemente atento puede darse cuenta de que en el MST no son todos campesinos ni mucho menos. Basta visitar un *asentamento*, un campamento construido después de ocuparse una propiedad, para comprender que las mujeres que guisan debajo de las largas tiendas de campaña construidas con plástico negro, que los hombres que se mueven por el campo, no son todos campesinos. Sin tierras, todos, pero campesinos, sólo unos pocos. Muchas veces a esos *asentamentos* acuden en busca de un refugio desempleados que nada tienen que ver con el campo. Muchos habían arrastrado hasta ese momento sus vidas en una ciudad, como pude comprobar al visitar uno de esos campamentos, plantado en medio de las montañas del estado de Goias, en el centro-oeste de Brasil. Fue allí donde pude ver cómo jóvenes cabecillas del movimiento campesino, adiestrados en escuelas especiales del MST, y a los que se les mantiene con un salario mínimo para ejercer como dirigentes en los campamentos recién creados, trataban de mantener el espíritu de rebelión. Uno de estos monitores con gorra roja me confesó que su padre había tenido unas tierrecillas, pero que él había trabajado poco en el campo. A los veintipocos años de edad se había convertido en una especie de «profesor» encargado de inculcar a los acampados principios básicos de la lucha contra el poder central. Se le notaba inmerso en la misma disciplina férrea que caracteriza a todos los dirigentes del MST y que ha hecho que algunos les llamen los camboyanos rojos brasileños, en referencia a aquellas tropas de choque del siniestro Pol Pot, que convirtió la tranquila Camboya en uno de los mayores cementerios ideológicos del mundo. Para aquel muchacho brasileño, el MST se había

convertido en su hogar, en su verdadera razón de ser y decía sin jactancia, como una lección aprendida, que desde muchos campamentos como aquel, situados a cien o doscientos kilómetros de Brasilia, podrían lanzarse en cualquier momento fuerzas suficientes de campesinos sin tierras como para paralizar la vida de la capital federal. No entendía una palabra de marxismo o leninismo y apenas había oído hablar algo de la lucha de clases. Pero tenía la convicción de que le habían dado una misión llamada revolución. Algo que, sin duda, no comprendían en absoluto los hombres, mujeres y niños que andaban por el campamento con caras de no saber qué hacer. Mientras los mayores asistían a una clase política debajo de un árbol olvidado por el tiempo, al lado de una bandera roja y de la inevitable efigie del *Che* Guevara, los chavales medio desnudos corrían sobre la tierra roja, vigilados desde debajo de los plásticos negros por algunas mujeres que cocinaban los inevitables frijoles con arroz, mirando con desconfianza hacia los cercanos campos de maíz. Como temiendo que los chiquillos fuesen picados por una serpiente. Porque sabían que en caso de accidente sería muy difícil salvar a la víctima, ya que la falta de luz en el campamento no permitía disponer de un frigorífico con las indispensables y salvadoras ampollas de suero.

LA TELEVISIÓN NO ES EL ESPEJO DEL ALMA

Todos esos hechos que forman la actualidad nacional se reflejan, como en cualquier parte del mundo, en las diferentes cadenas de televisión, dominadas por la todopoderosa *Rede Globo*, emporio periodístico que en la pantalla pequeña puede con todas las otras reunidas, por su fuerza y su talento. Una gran parte de los brasileños asiste regularmente al telediario de las ocho de la noche de *Globo*, que tiene el arte de pasarse por alto lo esencial de la actualidad nacional del día, sobre todo la política, para dar a sus telespectadores una crónica exhaustiva de ciertos hechos que se producen principalmente fuera de sus fronteras, especialmente en Estados Unidos. El brasileño medio vive fascinado por ese país que no es tan vecino geográficamente y del que está tan lejos lingüísticamente. Pero si hay un viaje que a cualquier hijo de vecina le gustaría hacer es el que lleva a Orlando, para ver las fantasías capitalistas y enajenantes de Disneylandia. Tal vez un psiquiatra interpretaría este hecho como el deseo de escapar de una realidad bastante deprimente. Una realidad de la que el *Jornal de Globo* da cuenta a su manera, fijándose más en los adelantos científicos que contra el SIDA se acaban de realizar en una universidad norteamericana, aún a sabiendas de que de aquí a que esos descubrimientos se reflejen en la vida cotidiana del brasileño pasarán probablemente algunas décadas.

Pero ello no le impide a *Globo* meterse de lleno, cuando le conviene a sus dueños, en asuntos de una rabiosa actualidad político-policiaca como los sobornos a funcionarios, incluyendo diputa-

dos. Ese día, la gente puede ver en sus pantallas la transcripción de las cintas magnetofónicas de conversaciones entre los culpables, que aparecen captados por cámaras ocultas.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que al día siguiente las cárceles vayan a tener como inquilinos a los culpables de haber estafado al Estado en una cantidad millonaria y cuyos nombres aparecen en pantalla.

Es como un rito de exorcismo. Lo mismo que cuando aparecen en las horas de más audiencia las terribles y repetidas imágenes del nordeste, con su fúnebre desfile de gente muriéndose de hambre y de sed.

Tampoco quiere decir que al día siguiente las autoridades van a mandar tropas de choque a esa parte del país para salvar los cientos de miles de vida que se apagan poco a poco, a lo largo del año, por la desnutrición, en los profundos desiertos nordestinos, donde el sol deja en puro cuero a las vacas, y a los humanos los convierte en guiñapos incapaces de reaccionar. La TV brasileña juega tan bien con la ficción y la realidad que durante una de esas temporadas de sequía más terribles no vaciló en mezclar imágenes de actualidad con una de las películas de Nelson Pereira dos Santos, *Vidas secas*, que cuenta en un estilo neorrealista una historia de hambre y muerte en esa misma región de Brasil.

Es tanta la mezcla de estilos, que a ratos es difícil deslindar la realidad de la ficción, sobre todo, porque el telediario de la noche de *Globo*, el de más audiencia, se desliza en antena entre dos telenovelas de máxima audiencia. Una le abre paso para los titulares, y la otra cierra el informativo como si nada.

Es un ejercicio que aparentemente no tiene otro propósito que atraer a un público que se cifra en millones de almas a la hora de lo que los brasileños conocen como la de *a novela das oito*. Acostumbrado a los ejercicios telenovelescos llegados de

Venezuela, Argentina o Perú, a un telespectador europeo le es difícil entender lo que la «novela» brasileña representa.

Para empezar, la regla de *Globo* quiere que sea la más lujosa, la más sofisticada, la más bonita, la más de más. Los protagonistas rompen todos los cánones de belleza y las intrigas meten al brasileño en un mundo de fantasía que le presentan como el suyo, el de todos los días.

Es el mundo del Hollywood brasileño, en el que todas las casas son mansiones que corresponden a padrones de vida de una minoría de brasileños, la de la clase media alta, aderezada con automóviles de importación, vestidos salidos de los mejores modistas europeos y medios de vida que dejan atónita a una mayoría de la audiencia, compuesta mayoritariamente por gente de baja extracción social, en general, servidumbre y titulares de empleos muy mal pagados.

Pero no se equivoquen, en cualquier casa, los argumentos de estas novelas donde, de acuerdo con las críticas de la Iglesia Católica, se realzan el sexo y la violencia en medio del lujo más desenfrenado, son seguidos apasionadamente en la cocina por la servidumbre y en el salón por los señoritos.

Las bragas de la más fina seda que cubren los muslos sin rastro de celulitis de la protagonista de turno, los coches que la mayoría de los telespectadores sólo ha visto en una exposición presentada por el telediario, las piezas pesadas y caras de un mobiliario burgués que se pierden en alfombras afganas, el modelito de Valentino que cae descuidadamente sobre los hombros sensualmente bronceados de una de las actrices... Es un mundo de ensueño que hace comulgar juntos, a diario, a ricos y pobres. Los primeros necesitan decirse que todo aquellos que se acerca al mundo que ellos conocen representa la realidad global del país. Los otros todavía tienen más ansias de creer que ese mundo no es

mera fantasía, sino que está a su alcance, al igual que un viaje a Disneylandia.

A nadie se le ocurre pensar entonces que en Brasil las abracadabrantas desigualdades sociales hacen que una parte ínfima de la población tenga concentrada en sus manos la mayoría de las riquezas y que una amplia mayoría que va de la clase media baja a la pobreza más absoluta, esa que muchos organismos internacionales revelan regularmente cuando ya se creía erradicada, apenas consigue comer todos los días.

Gracias a la TV, Brasil vive en un mundo irreal, al límite de lo virtual, donde a las ocho de la noche todo el mundo puede hartarse del whisky importado que uno de los personajes de la telenovela ingiere con asco y con unos trocitos de hielo.

Ellos pueden meterse en el pellejo de poderosos empresarios sin escrúpulos, que hablan de miles de dólares como en la vida real la gente cuenta sus reales devaluados. Ellas se zambullen sin pensarlo en los cuerpos cuidadosamente embadurnados de las cremas más caras y que despiden el olor de ese Chanel 5 que hasta en las tiendas sin impuestos de los aeropuertos cuesta una fortuna.

Brasil no puede entenderse si se borra de su realidad la telenovela de las ocho o algunas de las que a lo largo del día transitan por otros canales que no son *Globo*.

La novela o telenovela forma parte de la cultura nacional, es indisociable de la vida de una mayoría pasmosa de gente, entre otras cosas porque un televisor se encuentra ya hasta en las casuchas más desoladas, donde el suelo sigue siendo de tierra y adonde no llega el agua caliente.

Pero también es verdad que en un país tropical el agua caliente es un producto realmente de telenovela, que sólo salpica a sus heroínas en largas escenas de sexo desenfrenado, que ya preocupa hasta al gobierno.

Porque además de enseñar que ser rico y poderoso es una virtud de todos, la TV enseña que hacer sexo con o sin preservativo, dentro o fuera del matrimonio, entre una mujer y un hombre, entre dos personas del mismo sexo, entre hermanos, son cosas corrientes y molientes que forman parte de la cultura nacional.

El resultado más demoledor, que han denunciado tanto desde el gobierno como desde la oposición y desde la Iglesia Católica, es que muchachos y muchachas que apenas han salido de la infancia consideran que el sexo forma parte de lo que se puede y se debe de hacer sin pensarlo dos veces.

Con lo cual se llega a considerar que hacer sexo es bello, algo así como decía el modista español Adolfo Domínguez a propósito de las arrugas en la ropa. Otro resultado más inmediato es que en la clase baja, las jovencitas, que ya de por sí están muy adelantadas en la asignatura sexual, no vacilan en quedarse embarazadas, rompiendo todos los propósitos de una planificación familiar que acabe de una vez para siempre con la existencia de padres que tienen que cuidar a un recién nacido cuando todavía están en los bancos de la escuela.

Luego, de vez en cuando, salta al aire una telenovela que hiere ciertas susceptibilidades, pero que finalmente va en el sentido de lo que la gente quiere.

Entonces, a los condimentos de los ricos y poderosos se agrega el elemento socio-político de un malvado político. Pero siempre respetando el sacrosanto principio de sexo a toda pastilla y de lujo al por mayor.

Y en medio de este panorama de aguas tranquilas y bonitas irrumpen otras emisiones que se dan de bruces con las telenovelas pero que, si se analizan bien, responden igualmente a lo que el telespectador está pidiendo.

Ahí se acaba la realidad-ficción de que todo el mundo es bonito. A finales de 1999, uno de los grandes éxitos de la pantalla

chica era *Ratinho livre*, un espacio conducido por un tal Carlos Masas, que sabe aunar como nadie el mal gusto, la miseria y la demagogia.

Una de las normas es que a su estudio acudan a diario pobres de misericordia en busca de una mejora de sus vidas. A veces piden un empleo, pero otras se confunden con el mundo de la telenovela y tras acusar al esposo o a la esposa de adulterio, exigen que se les someta a un costosísimo análisis de DNA para saber si el hijo es de él o de ella.

De vez en cuando, cada vez menos porque las autoridades judiciales consiguieron frenarlo, saltan al plató auténticos monstruos de circo. Personas con un problema físico digno de películas miserabilísimas y que la seguridad social no ha sabido o querido resolver.

Entonces es cuando a *Ratinho* se le humedecen los ojos pese al más de un millón de dólares que dicen que gana por mes, y lanza un llamamiento en antena, para que se presente un médico bueno, bonito y barato capaz de deshacer el entuerto de la naturaleza.

El público actuante y el que asiste al espectáculo desde sus casas es igualmente pobrísimo, social y humanamente. En todo momento está dispuesto a reirse locamente o a llorar como una Magdalena ante el caso del día, que generalmente se resuelve en medio de aplausos y de un índice de audiencia que aumenta en proporción directa de los horrores que se van viendo.

Cuanto más horrible sea el caso del día, a veces puramente anecdótico, como el del hombre enamorado de una gallina o de un neumático de su coche, más rápidamente subirá la audiencia.

Esto no quita para que el público que acude regularmente al estudio o sigue desde el televisor casero el inframundo de *Ratinho* se haya solazado previamente en el fango de odio, amor y sexo de la novela de las ocho.

Es una simbiosis extraordinaria, que consigue reunir en el gusto de la gente por Luis Buñuel y por cualquier director de aquel cine de Hollywood, donde todos los cielos eran azules y todas las damas bellísimas y virtuosas hasta que dejaban de serlo por la irrupción en el plató de un macho cabrío de ojos verdes y cartera abultada. Lo cierto es que esos dos mundos, el de la arruga bonita y el del fondo de la miseria conviven en la vida real en Brasil, lo cual explica sin duda por qué es posible que los índices de audiencia de las televisiones se disparen tanto cuando se saca al público de la maravillosa y perfumada irrealidad de un perpetuo *Falcon Crest* para ahogarlo entre las legañas de *Los olvidados*.

Por supuesto que el cine, por fantasioso y maravillosamente creativo que sea, no puede con estas cargas que lanzan las televisiones en sus mejores horarios. Antes les hablé de Nelson Pereira dos Santos, que con *Vidas secas* quiso reflejar el drama de la sequía en el nordeste y por extensión la tragedia de la miseria en Brasil.

Pero este padre del neorrealismo nacional no es el único que se siente con vocación de educador y quiere reflejar en las pantallas grandes la realidad del país. *Central do Brasil*, de Walter Salles, es una película que ha visto medio mundo y un pedazo más del otro medio. Y habrá hasta algún espectador que recuerde la carita del chiquillo que atraviesa Brasil en busca del padre que nunca conoció y al que nunca encontrará.

Es incluso posible que otros espectadores recuerden a la magnífica actriz Fernanda Montenegro, en el papel de la escribana pública, que le acompañará en esas correrías por el Brasil profundo, allí donde nacen y mueren los santos y donde se crean y mueren las vidas. Pero los cadáveres de Nelson Pereira dos Santos y las lágrimas de Walter Salles están reservadas a las salas de cine.

Y lo que la gente ve en Brasil es televisión. Si no, que se lo pregunten al presidente Fernando Henrique Cardoso, o a cualquier

otro de los políticos que contra él disputaron las elecciones de octubre de 1998.

Unos y otros se las ingeniaban para que sus propagandas electorales se diesen en las pantallas chicas antes o después de la telenovela de las ocho, cuando el público estaba a punto de abandonarse en los brazos de las maravillosas heroínas de *Por amor*, el título del momento, o cuando acababan de dejar ese mundo de fantasía en el que tan bien se habían sentido durante más de cuarenta minutos, pese a los cortes publicitarios.

El partido de Cardoso había alquilado durante toda la campaña electoral y a lo largo y ancho de veinte minutos, que da para mucho, el espacio televisivo inmediatamente anterior a la telenovela.

Era un video muy bien hecho sobre los logros alcanzados por el gobierno en sus cuatro primeros años : «Para unos la vida mejoró más y para otros menos, pero lo cierto es que mejoró».

Mientras el telespectador consultaba su reloj con la impaciencia de quien espera momentos indecibles, una señora tipo ejecutiva dinámica, que nada tenía que ver con las protagonistas de la telenovela nordestina, esta de verdad, en la que los rostros están secos por el sol y los ojos curtidos por el llanto, tomada en un primer plano, preguntaba al telespectador con labios tan sensuales como una de las heroínas que vendrían a continuación, si sabía por qué tantas empresas extranjeras se instalaban en Brasil.

Y sin esperar la improbable respuesta, acentuaba su encanto para responder con una voz húmeda: «Porque los extranjeros tienen mucho dinero que ganar con las privatizaciones.»

Y unos minutos más tarde, cuando ya estaba a punto de saltar al aire la telenovela de las ocho, dejaba que se deslizase por la pantalla el mensaje social : «La salud y el desempleo son los dos problemas que Fernando Henrique Cardoso va a resolver, como resolvió el de la inflación.»

Creo que no hay mejor ejemplo para ilustrar la connivencia que existe entre la ficción y la realidad. Es cierto que el Presidente había conseguido en sus primeros cuatro años de gobierno acabar con una galopante inflación y estabilizar la moneda nacional, el real, del que tan orgulloso se mostraba aquellos días de campaña electoral.

Tampoco es mentira que las empresas extranjeras, entre ellas la española Telefónica, se inflaran a ganar dinero con las privatizaciones decididas por el gobierno brasileño para recaudar fondos en víspera de un inesperado vendaval financiero que daría al traste con las previsiones de todos los economistas gubernamentales.

Unos meses después de esa propaganda electoral, como habría hecho un hábil guionista para dramatizar su telenovela, el real se venía abajo estrepitosamente y las soluciones para la salud y el desempleo iban a parar al desván de los recuerdos.

CUATRO MILLONES DE SANTOS INOCENTES

Unos cuatro millones de menores, cuyas edades oscilan entre los cinco y los catorce años, se ven obligados a trabajar en todo Brasil, especialmente en el nordeste, la región más pobre, y a menudo en labores sumamente agotadoras, como el corte de caña o las carboneras, para las cuales se necesita la flexibilidad de sus cuerpos.

Esta es la cara menos siniestra de esta tragedia social. Porque se calcula que más de un millón de niños y niñas se prostituyen por las mismas razones que trabajan en vez de jugar, la necesidad de sobrevivir.

La prensa brasileña ha dado cuenta más de una vez del descubrimiento de redes de tráfico de prostitutas infantiles, sobre todo en el nordeste, y apoyándose en fotos y en testimonios irrefutables, ha deletreado los nombres de los bares que en ciudades como Manaus ofrecen ese tipo de distracciones.

Pero la prostitución no siempre tiene este aspecto tan comercial y sensacionalista. Medios informativos brasileños denunciaron igualmente en multitud de oportunidades casos más «caseros», como una niña de ocho años que en un pueblo cedía a todos los caprichos de un viejo a cambio de unas monedas y de algunos bizcochos.

Otras denuncias hablan de niñas a las que sus propios padres incitan a la prostitución, como medio de conseguir algunos recursos suplementarios para la casa. Porque para esa gente que no tiene ni donde caerse muerta, la solidaridad familiar pasa a veces por dejar de lado esos razonamientos morales que con tanta faci-

lidad se hacen en los países ricos. El sexo puede convertirse entonces en una manera como otra cualquiera de sobrevivir.

Al contrario de lo que afirma el gobierno, para el cual oficialmente el trabajo infantil responde en gran parte a un factor «cultural», y otro tanto podría decirse de una forma bastante cínica de la prostitución infantil, la clave de todo ello estriba, para los especialistas, en la miseria.

«El problema del trabajo infantil es complejo —decía el gobierno en un documento oficial editado por la Presidencia de la República en 1998—. El problema está asociado, aunque no únicamente, a la pobreza, a la desigualdad y a la exclusión social existentes en Brasil, pero se agrava debido a otros factores de tipo cultural, económico y de organización social de la producción... Existe una cultura que incluye a los críos en la fuerza de trabajo para evitar que la ociosidad pueda conducirles a la delincuencia.»

Las cosas pueden decirse de otra forma, pero con más cinismo que el resumen de este documento sería realmente difícil.

Durante los tres años que pasé en Brasil tuve la oportunidad de asistir en la Cámara de Diputados a una reunión de «especialistas», en la que se denunciaba el trabajo infantil. Uno de los participantes, sindicalista, por más señas, apuntaba que aunque es una lacra social, no existe la menor duda de que es preferible que un chiquillo esté trabajando en lugar de que se meta en el tráfico de drogas, para lo cual los narcotraficantes de las favelas de Río de Janeiro emplean a menores. Lo que el buen hombre no decía, con ese cinismo justificador, es que se puede cortar caña o estar metido en una carbonera y esnifar cola. De todos modos, los céntimos que ganan los chavales con esos trabajos de otro siglo, no les da evidentemente para meterse en el cuerpo la cocaína de la que algunos políticos usan y abusan sin necesidad de cortar caña o arrastrarse por la chimenea de una carbonera.

Pero organizaciones de izquierdas, como el Partido dos Trabalhadores, y la Iglesia Católica replican diciendo que el niño, sobre todo en esa edad crucial que va de los cinco a los catorce años, donde tiene que estar únicamente es en la escuela y, cuando ha terminado de estudiar, pegando saltos y divirtiéndose como cualquier otro niño de cualquier otro país.

Aunque también es cierto, como apunta el gobierno, que el trabajo infantil está a veces condicionado por las familias.

Un campesino que apenas consigue frijoles y arroz para mantener a su familia, quiere que todos los brazos de su casa le ayuden. Y en ciertas regiones, como en el nordeste hambriento, cualquier ayuda para mantener a una familia es bienvenida. Hasta ahí, algunos «especialistas», como el sindicalista que cité antes, aceptan la intervención del niño en la vida activa, a condición de que le quede un rato para asistir a clase. Y, puestos a soñar o a decir tonterías demagógicas, para que cuando sea mayor vaya a la universidad.

Pero esa doble actividad de trabajar, como Emilio Zola no pudo imaginarlo en aquellas malditas minas que como infiernos describe en *Germinal*, es imposible en la práctica, sobre todo cuando los chiquillos no están empleados en explotaciones familiares, sino que se funden en la maquinaria demoledora de la caña de azúcar, donde cortan con el mismo ardor que los mayores, o metidos en siniestras carboneras, donde se juegan la salud a plazo más o menos lejano.

Algunos observadores consideran que el de la prostitución es el camino que muchos niños, niñas y adolescentes prefieren para conseguir más fácilmente dinero, aunque sólo sea unos cuantos reales.

Esa moral aleccionadora de los países ricos da risa cuando toda una familia se está muriendo de hambre y sólo existe la cara bonita de una muchacha, apenas salida de la infancia, para ayudar a poner en la mesa aunque sea llos eternos frijoles y arroz.

Mientras miles de periodistas, esos observadores que suelen citarse en los medios de comunicación, asistíamos sin más arma que la rabia a esa proliferación de la prostitución infantil en Brasil, el gobierno publicaba estudios en los que insistía en que la pobreza y la desigualdad social no explican totalmente la existencia de cuatro millones de niños metidos a mayores y que hay que ver en ello igualmente ese trasfondo «cultural» antes citado.

Lo curioso es que a veces se enredaban en sus propias explicaciones y llegaban a decir que la culpa de todo la tiene la famosa globalización en la que precisamente estaban empeñados todos los esfuerzos del gobierno de Fernando Henrique Cardoso.

«El trabajo infantil —reza el mismo estudio de la Presidencia de la República— constituye uno de los principales desafíos sociales que está enfrentando Brasil (...). El problema, que está muy enraizado en la historia social brasileña, se agrava por el proceso de globalización (...). Combatir el trabajo infantil es una tarea compleja en un país que presenta distintas características en sus distintas regiones. El trabajo de los niños, con frecuencia asociado a la pobreza y a la desigualdad, constituye una forma perversa para la movilidad social inter e intrarregional (sic).»

Y con un cinismo, digno de mejor causa, ese libelo que todavía conservo concluía: «La participación precoz de los niños en la fuerza de trabajo es una de las consecuencias de una adversa situación económica y social que compromete el bienestar de las familias.»

Lo que esa bonita fórmula quiere decir en cualquier lugar del mundo es que, mientras exista pobreza, existirán niños sometidos a una explotación laboral inhumana.

En las grandes capitales, como Brasilia o Río de Janeiro, es frecuente encontrar a niños apenas salidos de los pañales haciendo de guardacoches o de empaquetadores en grandes almacenes. Los

que consiguen meterse en esos menesteres son los aristócratas de la mendicidad infantil. Con un poco de suerte, a lo mejor ni tienen que prostituirse.

Porque allá en el horizonte, perdidos en las plantaciones de caña de azúcar del nordeste, es donde se oculta la verdadera fuente de trabajo de esta mano de obra que en muchos casos no levanta la cabeza del suelo de sol a sol por unos cuantos reales al día, apenas los suficientes para no morir de hambre.

También es cierto que esos chiquillos que sudan con las manos ensangrentadas desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, o que a veces trabajan en plantaciones donde se les asignan trabajos tan peligrosos como el que supone el constante manejo de insecticidas, sin la menor protección, no son finalmente tan desgraciados.

Por lo menos viven y hasta tienen una familia. Los hay a los que el destino ha jugado una traxada mayor, como los llamados *meninos das ruas*, esos menores que viven, crecen y a veces mueren en las calles de las grandes metrópolis, en las que aprenden a drogarse con *crack* o con la última droga sucia y barata que llega al mercado.

Algunos roban, otros participan en la venta de drogas, otros se prostituyen. Pero sus manos no sangran en de las empuñaduras de los machetes que asustan hasta a los mayores.

Claro está que en ciudades turísticas, como Río de Janeiro, son un verdadero calvario para los comerciantes, ya que estropean la visión idílica que muchos turistas tienen todavía del paisaje urbano más bello del mundo.

Y de vez en cuando, «exterminadores» no identificados, por supuesto, se toman la limpieza por su mano y consiguen, por ejemplo, que una de las más bellas iglesias de Río, la Candelaria, que el siglo pasado mandó construir un portugués que a punto estuvo de

ahogarse con su familia cuando hacía la travesía del Atlántico hacia Brasil, se convierta en escenario de la crónica de sucesos.

Fue en la madrugada de un día de julio de 1993, a la entrada de esta catedral, donde un grupo de niños callejeros descansaban después de haberse buscado la vida durante todo el día por las calles de la antigua capital federal. Varios agentes de la Policía Militarizada (PM) asesinaban durante la madrugada a ocho de ellos, disparándoles a bocajarro, sin misericordia, y puede imaginarse que hasta santiguándose.

Cuando el Papa visitó Río de Janeiro en 1997, hizo su paseo por la ciudad, en medio de impresionantes medidas de seguridad. El cortejo, en medio de rascacielos y de una multitud fervorosa., pasó delante de esa iglesia de la Candelaria. El chófer disminuyó la velocidad justo el tiempo, segundos, que Juan Pablo II tardó en echar una bendición desde su «papamóvil», mientras un helicóptero de la policía rugía impacientemente, con los dedos de los agentes en los gatillos de todo tipo de armas, a escasos metros de las cabezas de los fieles.

Aquella tarde, quienes no habían olvidado la vergonzosa matanza se manifestaron con pancartas alusivas. Como se manifiesta la gente en Brasil, con tranquilidad y buena cerveza, sin ánimo de romper el orden constitucional.

Cuando al público se retiró y sólo quedó del fugaz paso del Papa aceras llenas de papeles y otros detritus, varios muchachos volvieron a ocupar aquella entrada de triste memoria, pero que para ellos era sencillamente el lugar donde duermen.

Nunca olvidaré a una chiquilla vista y no vista aquella tarde en la Candelaria. Con sus brazos en jarra, en un gesto de rabioso desafío, la niña, que no debía de tener más de ocho años y que probablemente hubiese tenido problemas de memoria para recordar quienes eran sus padres y sobre todo dónde estaban, espetaba con

voz chillona e infantil, pero con gesto de mamá sacada fuera de sus casillas a un chiquillo de su edad: «¿Qué pasa, tío, tú qué te crees que es la vida?»

Desde entonces, la matanza de la Candelaria vuelve a tener ecos en otros puntos de Brasil, e incluso en el mismo Río, donde la crónica de sucesos repite de vez en cuando reseñas sobre barbaridades similares.

Otros cinco chavales —tenían entre 15 y 17 años— eran encontrados al amanecer de un viernes en un barrio carioca.

Los habían rematado a tiros la noche anterior, después de que se hubiesen negado a pagar sus billetes de autobús.

Cuando bajaron del vehículo, unos desconocidos, como siempre, armados con revólveres, los esperaban en la oscuridad, donde los asesinaron fríamente.

Pero ésta no es más que una reseña de tantas otras que llenan casi a diario los periódicos brasileños sobre esta manera tan expeditiva de limpieza turística.

Una gran parte del turismo europeo visita, sin embargo, el nordeste, donde se encuentran las más bellas playas de Brasil y adonde «aficionados» italianos, alemanes, franceses y de otras nacionalidades acuden en vuelos directos desde Europa para desarrollar un turismo que está oficialmente fuera de la ley.

Saben que donde más hambre hay, más posibilidades existen de encontrarse con una prostitución barata y variada.

En las calles de Fortaleza, capital del nordestino estado de Ceará, es frecuente ver muchachas que en el centro de la ciudad se libran tranquilamente a la prostitución.

En mi época, muchas acudían por la noche con sus conquistas a pasar la velada en el «Pirata», uno de los locales más en boga de Fortaleza, donde hasta altas horas de la madrugada se baila el *fórró*, el ritmo más trepidante y más sensual, heredado, según

algunas versiones, de la presencia de los norteamericanos en estas tierras, allá por los años cuarenta, en plena II Guerra Mundial.

El bombardero que transportaba una de las bombas atómicas que puso de rodillas a los japoneses, pasó una noche en la pista de la base militar estadounidense, allí mismo, donde hoy se alza el cemento armado del orgulloso aeropuerto internacional de Fortaleza.

Quizá fuera una mera leyenda, como algunos estudiosos afirman que también fue el nacimiento del *fórró* que, según otros, nació en el baile que los norteamericanos celebraban todos los sábados por la noche y para el cual habían colgado en la entrada un cartel que decía: «*For alb*», dos palabras que dejaban libre la entrada a todo el mundo, pero que pronunciadas a la brasileña se convirtieron en *fórró* y dieron el nombre al endiablado baile con el que las nativas volvían locos a los soldados norteamericanos.

Una noche de locura en el «Pirata», versión moderna de aquel baile de militares, donde los uniformados con chicle han sido reemplazados por muchos turistas extranjeros, el propietario de la casa, un franco-portugués, afincado hace ya años en Brasil, donde empezó su vida tratando de pescar langostas, me contó una extraña historia que yo les libro como él me la dijo. «Para muchas muchachas pobres que acuden aquí a menudo —contaba—, la prostitución no es más que una forma de tomarse la justicia por su mano, de pegarle un susto a esa mala suerte que ha hecho que nazcan en casas miserables, donde algunas de ellas son violadas por los padres, por los tíos. Salen asqueadas y traumatizadas y cuando se encuentran con un muchacho bonito, le hacen caso. Yo podría presentarte a más de una. A Erika, por ejemplo, que estaba ahí, bailando, hace un rato, con su amigo italiano. Le conoció aquí, en Fortaleza, y se enamoraron. Ella sabe perfectamente que

sus relaciones terminarán cuando él vuelva a tomar el avión de regreso a casa, pero no le importa.

El muchacho la adoraba, la vestía como una princesa y le daba dinero para todos sus caprichos. De este modo, la chica pudo frecuentar durante aquel verano los mismos salones de té, los mismos restaurantes, los mismos bailes, como éste, donde hasta entonces sólo acudían las señoras de la alta sociedad, acompañadas o no de sus maridos.

Algunas de esas señoras se sintieron francamente escandalizadas al tener que codearse con semejantes criaturas y las denunciaron para que la policía las detuviese por prostitución. Y puedo asegurarte que Erika, que ahora ya ha vuelto a quedarse sola, no aceptó ni un céntimo de su amor de turismo durante el tiempo que vivieron juntos,»

Meses atrás, en la aséptica Brasilia, donde el *fórró* es casi tan exótico como la danza del vientre, el Presidente Fernando Henrique Cardoso había lanzado una bonita campaña oficial para luchar contra el turismo sexual infantil, en presencia de sus ministros y de toda la prensa internacional: «Un país que no se preocupa por sus chiquillos, que no hace caso a su juventud, es un país insensible.»

Todo esto, acompañado de carteles extremadamente claros. Uno de ellos representaba unos ojos en primerísimo plano y advertía: «Turismo sexual infantil. Cuidado. Brasil está atento».

Al mismo tiempo, los consulados brasileños en el mundo entero recibían bonitos folletos para repartir a los turistas, en los cuales se les advertía que si eran detenidos por practicar el turismo sexual infantil, podrían ser encarcelados.

Pero pasaron los meses y hasta más de un año y la prensa, que tanto alardeó el lanzamiento de la campaña presidencial, no dio cuenta de ninguna detención de extranjero sorprendido *in fraganti*, aunque se sabe que gente llegada del mundo entero sigue

librándose a esas actividades, nada en consonancia con el turismo ecológico que en el mismo acto del lanzamiento de la campaña les proponía a cambio el entonces ministro de Industria, Comercio y Turismo, Francisco Dornelles.

JESUCRISTO, ESPERANZA PARA LOS DESESPERADOS

El liderazgo que Jesucristo ejerce entre los brasileños menos favorecidos por la fortuna es algo impresionante, que puede poner tanto la carne de gallina como escuchar un himno nacional en la inmensidad del estadio de Maracaná una noche de verano.

Es el sueño que querrían ver realizados todos los políticos de Brasil, conscientes de que ninguno de ellos, ni el líder más carismático, es capaz de ganar en popularidad al hombre muerto en la cruz.

Creo que no hay un solo taxi en todo Brasil que no lleve en alguna ventanilla la imagen de Jesús, y muchos van adornados asimismo con la de la Virgen, y no necesariamente la negra Nuestra Señora Aparecida, la patrona del país.

A un palmo de un Cristo a veces estilizado y otras de un trazo más burdo, un rosario tampoco es inhabitual, como igualmente las pegatinas que proclaman un amor desesperadamente fiel.

Los mismos letreros que pueden adquirirse en librerías religiosas para pegar en cualquier objeto, rezan en alegre colorido. «El Señor es mi pastor y nada me faltará. Sonríe, Jesús te ama.»

«Jesús te ama, yo también. Dios te ama, Cristo es paz. Sólo Jesús salva, Cristo es paz. Dios es amor. Sólo Jesús salva, Jesús vive.» Algunas de estas frases figuran incluso en las carreteras, para advertir en todo momento y en todo lugar que sólo contando con

Jesús pueden vadearse los inconvenientes de una vida tanto más difícil de vivir cuanto mayores son los ahogos económicos.

Algunos dirán que es una fe desesperada, movida únicamente por la necesidad, por la imperiosa voluntad de sentirse protegidos cuando se sabe que uno vive en una sociedad donde no cuenta prácticamente nada.

Por supuesto que los principales seguidores de Jesucristo son los pobres, pero los pobres constituyen la mayoría de los 165 millones de brasileños y los que, por lo tanto, representan la fuerza potencialmente más explosiva.

No he visto tantas llamadas a Cristo en un campamento del Movimiento de los campesinos sin tierras, probablemente porque allí se juega la carta de un marxismo algo primitivo o demasiado evolucionado. Pero quienes proclaman el pronto regreso del hijo de Dios a la Tierra, en carteles que periódicamente aparecen en las paredes de Brasilia y de otras ciudades, imploran su regreso como la del salvador que debe ayudarles a conseguir una justicia que el mundo entero les niega.

Para entenderlo hay que tener siempre en cuenta que si un pobre tiene muy pocas posibilidades de ser feliz materialmente hablando en el rico mundo occidental, en Brasil no tiene absolutamente ninguna.

Lo mejor que puede esperar, contando con muchísima suerte, es sobrevivir a los constantes aumentos de la vida, pero a eso y poco más se limitará su avance social.

Ello explica perfectamente que tengan constantemente a Jesucristo en la boca, porque consideran que sólo Él podría conseguirles una vida menos mala de la que tienen.

En los templos católicos y protestantes, en los antiguos cines transformados en iglesias por los aprovechados de unas cuantas religiones cristianas, que prometen a sus feligreses todo tipo de

felicidad material a condición de que se quiten de la boca parte de lo poco que tienen que comer para ofertarlo a sus pastores, Jesucristo está eternamente presente.

Y en algunos casos, sobre todo en el seno de esas iglesias que aprovechan descaradamente la desesperación de los miserables para prometerles todo lo que pueden desear —desde un trabajo hasta un automóvil—, Jesús es crucificado día y noche en el altar del engaño más absoluto.

Es la estafa de la fe. Pero en el fondo, a los brasileños les da igual. Que crean o no lo que esas iglesias-sectas les cuentan, ellos saben que lo esencial es seguir mirando hacia ese joven guapo de barba y pelo largo, que algún día bajará del cielo para redimirles de tanta injusticia.

No es exagerado decir que esta fe es tanto más fuerte cuanto más pobre es quien la practica.

En los grandes centros urbanos, Jesús es esa carta que todos los desafortunados tienen guardada en la manga para jugarla un día, aunque ninguno de ellos sepa cuándo podrán usarla, si es que algún día lo consiguen.

En las villas miserias que rodean los centros urbanos, su nombre es invocado a toda hora, pero siempre de una forma un poco abstracta, como el del salvador que llegará algún día, porque la desesperación no es suficientemente aguda.

A medida que se pierden de vista los grandes edificios de las zonas urbanas, la fe tiende a convertirse en verdadera obsesión. En el nordeste, esa parte del país donde la sequía es una escuela mortuoria a plazo fijo para cientos de miles de nordestinos, las ansias de justicia divina se convierten en la obsesión que crea santos capaces de hacer milagros.

Ello sucede allá en lo más profundo del desierto, donde los animales y los hombres sufren hambre y sed, donde no llueve casi

nunca, donde una vida no vale nada, donde los políticos explotan la miseria y obtienen los votos que necesitan para seguir siendo elegidos, con una mera cesta de alimentos.

Y así nacen santos milagrosos, que recorren las tierras barridas por el sol predicando, evangelizando, como si fueran embajadores que preparan esa llegada de Jesús que todo el mundo espera de un momento a otro, tanto más pronto cuanto mayor es la desesperación.

Y surge un Frei Damiao, un capuchino llegado desde Italia en 1931 y que hasta el 27 de mayo de 1997, cuando falleció a los 98 años de edad, de una crisis cardíaca, fue seguido día y noche por miles de personas. Se fue envuelto en un hábito de santidad popular que hasta el último momento intentaron aprovechar los políticos.

Con él contaba mucho Fernando Collor de Mello para intentar reconquistar en el año 2002 la Presidencia de la República, de la que había sido defenestrado a finales de diciembre de 1992, envuelto en un maremoto de corrupción.

Pero los cálculos electorales importaban poco a los cientos de miles de nordestinos llegados de todas las regiones de Brasil, que invadieron la basílica de la Penha en Pernambuco, estado de Recife, donde el cadáver embalsamado había sido expuesto para ser venerado una última vez. Detrás suya, Frei Damiao, conocido por sus pronunciamientos más que conservadores en materia de moral —la minifalda le parecía una invención del diablo, y el adulterio totalmente inconcebible—, dejaba un rastro de leyenda.

Feo, contrahecho y burlón, parecía la caricatura de un capuchino que hubiese podido inventar para una de sus películas alguien tan irreverente y surrealista como Luis Buñuel.

Para los pobres, su corte de toda la vida, era sin embargo un rayo de sol en la penumbra de vidas secas, hundidas desde los primeros albores de la vida en la desesperanza eterna.

Se decía que, en realidad, era la reencarnación de otro célebre sacerdote nordestino, el Padre Cícero Romão Batista, fallecido en 1934, es decir tres años después de la llegada a Brasil de Frei Damiao.

En un librito editado en la colección «Grandes líderes religiosos», que por menos de un dólar y medio cualquiera puede comprar en cualquier rincón de Brasil, se afirma que «fueron muchos sus milagros».

En 1975, mientras predicaba en Cajazeiras, en Paraíba (nordeste), le llevaron a un lisiado que desde hacía más de veinte años sólo podía andar arrastrándose por el suelo.

Bastó que Frei Damiao le ordenase que se echara a andar, para que el hombre saliese andando de la iglesia. La misma publicación afirma que, de acuerdo con estudios llevados a cabo por seminaristas de Teología de Recife, realizó ochenta milagros hasta 1975, «y gran parte de ellos fueron de maldición: ocho muertes repentinas; gente que no cree se transforma en machos cabríos o cabras. Pero también se registraron cinco curaciones y fueron solucionados tres problemas económicos, hubo cinco conversiones de pecadores y se produjo igualmente un milagro del dominio de la naturaleza, cuando se consiguió que lloviera en determinadas regiones nordestinas».

Esta beatitud, que el pueblo le adelantaba antes de que el Vaticano se pronunciase, el monje la rechazaba: «Los milagros los inventa el pueblo. Son propios del sentimiento religioso popular. Los *sertanejos* (habitantes de los desiertos nordestinos) creen que los milagros son el resultado de sus oraciones. Pero no es así. Los milagros sólo se producen en quienes tienen fe. No hay milagro para quien no cree en Dios.» Sus incondicionales se muestran mucho menos racionalistas: «Cuando visitaba la ciudad de Gravatá (donde celebró su primera misa en Brasil), Frei Damiao

pidió al dueño del cine de la localidad que retirase de la cartelera la exhibición de una película pornográfica. El hombre hizo caso omiso y el techo del cine se vino abajo. »

En Brasilia, la capital federal, la gente sigue creyendo en los milagros. Aunque existe allí una mezcla bastante curiosa de catolicismo y santería y no es raro encontrar en el barrio de las embajadas rastros de una celebración de camdomblé, rito religioso de origen africano, que todos los coches, hasta los que llevan matrícula diplomática, evitan cuidadosamente pisar, sus habitantes siguen esperando que la profecía de Dom Bosco se haga realidad.

Este sacerdote italiano, canonizado el primero de abril de 1934 por Pío XI, afirmaba que el 30 de agosto de 1883 había tenido una visión en la que fue llevado por los ángeles y, de repente, se encontró en medio de una multitud, en una estación de ferrocarril, donde tomó un tren y se dirigió hacia unas cordilleras «en medio de selvas amazónicas».

Y en un punto geográfico donde hoy se sitúa la ciudad de Brasilia, él vio «(...) la tierra prometida, donde fluiría leche y miel. Habrá una riqueza inconcebible».

Dom Bosco precisó que su profecía se haría realidad en «la tercera generación, la que estamos viviendo ahora», dice Ernesto Silva en su *História de Brasilia: un sonho, uma esperanca, uma realidade*.

Ya metidos en el siglo XXI, Brasilia sigue siendo una capital de funcionarios acomodados, donde los nordestinos llegados en busca de un poco de arroz y de frijoles se apiñan en villas miserias que han formado un cinturón alrededor de la ciudad que asusta a los ricos.

Como prueba de que la leche y la miel todavía no fluyen aquí trayendo las prometidas riquezas, los basilienses asisten durante las veinticuatro horas del día a los galopes mortecinos de caballos,

que con la piel en los huesos arrastran por las avenidas-autopistas de Brasilia carritos contruidos con restos de madera y cartón, en los que transportan hasta los almacenes de los traperos los montones de papeles que evacuan a diario todos los ministerios y las otras administraciones que existen en Brasilia.

Los mismos que el viernes santo aparcan sus carritos para asistir a la escenificación de la pasión que todos los años se celebra con un despliegue de impresionante religiosidad en Planaltina, localidad próxima a Brasilia, donde se ha construido un calvario que a lo largo de un bien asfaltado camino sube hasta la crucifixión.

Una carretera en la que se apiña una multitud de personas, pobres en su gran mayoría, que reviven la fatigosa caminata de Jesucristo hacia la cruz en medio de una dramaturgia de gran calidad, aunque servida exclusivamente por actores aficionados, vecinos de Planaltina.

Para ellos, el viernes santo es el gran día que esperan todo el año. Es el momento en que pueden expresar, envueltos en la túnica de Jesús, en las de sus discípulos, en la de Poncio Pilatos, o como guardias romanos o simples pastorcillos, ese amor que llevan dentro de ellos.

Porque, una vez más, hay que quitarse de la cabeza que la pasión del brasileño por Jesús sea mera fachada o respuesta, como pretenden algunos cínicos, a esa ecuación humana de que se agarran a Dios porque no tienen quién les haga caso.

En otras partes de Brasil hay representaciones como la de Planaltina. Algunas con una ya asumida vocación turística, como la que tienen lugar todos los años en el nordeste dentro de los muros de una ciudad bautizada Nova Jerusalén, donde los principales papeles de la pasión son confiados, previo pago de impresionantes sumas, a conocidos actores de telenovelas.

Cientos de miles de personas asisten al espectáculo, que si bien no se desarrolla con la naturalidad del calvario de Planaltina, es una verdadera representación al aire libre en un auténtico y gigantesco escenario con impresionantes juegos de luces y una sonorización de lo más avanzada.

Y si en cualquier momento del año, lejos o cerca de la semana santa, el viajero se pierde por el centro de Salvador de Bahía, en el nordeste, la religiosidad se le aparecerá en forma de suntuosas y barroquísimas iglesias, entre ellas una, la de San Francisco, totalmente cubierta de oro, en la que los esclavos negros que ayudaban a los artesanos portugueses durante su construcción se las arreglaron para plagar la decoración interior de angelitos poco clásicos, que lo mismo sonrían picarescamente con el sexo fuera que se parecen más que a otra cosa a prostitutas de cualquier esquina de cualquier ciudad del mundo.

Otras imágenes que quizá fueran vírgenes en la imaginación de los amos portugueses, aparecen con intolerables vientres embarazados a punto de estallar. Es la locura barroca de la fe en la única ciudad de Brasil donde más del ochenta por ciento de la población es negra negrísima, lo cual no deja de provocar un choque en las retinas del visitante, acostumbrado a la mezcolanza racial del resto del país.

BRASILIA, CAPITAL DEL FUTURO PASADO

Cuando unos locos visionarios la sacaron del polvo de la tierra roja tropical, voces del mundo entero proclamaron Brasilia como capital de un futuro que en Europa y otros rincones del globo metía ya miedo. Hace unos meses, la capital federal cumplió cuarenta y dos años y nadie se acordó de ella.

Hablar o escribir sobre alguien o algo que se ha amado mucho, a veces hasta la sinrazón, es una de las cruces más pesadas que pueda echarse uno a hombros. Llevo cinco años intentando analizar con la baba de la frialdad el fenómeno Brasilia, esa ciudad que muy poca gente sabe que es la capital federal de Brasil y Patrimonio de la Humanidad y hasta Capital del futuro.

Cuando yo vivía allí, una de mis hijas quiso visitarnos y sin pensárselo más, se fue a la más importante agencia de viajes de Francia para que le preparasen los billetes. Ante su asombro, la empleada le dijo de entrada: «Yo no sé dónde queda esa ciudad.» «¡Pero si es la capital de Brasil!» La exclamación se ahogó en un folleto sucio que rápidamente le tendió la atrevida señorita: «Mire, aquí lo pone: Brasil, capital Río de Janeiro.»

Tres cuartos de hora tardó mi hija en conseguir que su interlocutora aceptara que Brasilia podía existir, pero su concesión no fue más allá. «De todos modos, yo le aconsejo que vaya hasta Río. Allí probablemente encontrará algún autobús que la lleve a ese lugar.»

Palabra de honor que no exagero. La analfabeta francesita no hacía más que reflejar el profundo desprecio que la clase política

brasileña, en general, siente por esa capital futurista, por su arquitectura fuera del tiempo, por su espacio infinito que permite medir la infinidad del universo, colgarse de las estrellas, por esa sabana donde hasta mil novecientos cincuenta y pico no había más que serpientes que se alimentaban de unos canijos y tranquilos mamíferos, en medio de arbolillos enclenques.

Salvo el presidente de la República, por el qué dirán, pero que se escapa de la sabana en cuanto que puede hacia su piso de Sao Paulo, la Nueva York tropical, casi todos los políticos están deseando que llegue el viernes por la tarde para tomar el primer avión que les conduzca a sus modernas madrigueras de Río o Sao Paulo.

Fíjense hasta qué extremos llega ese desprecio que es el olvido, que mi documentación acaba de recordarme que Brasilia ha cumplido nada menos que cuarenta y dos años el pasado 21 de abril. La fecha ha pasado tan desapercibida en el mundo como mi cumpleaños.

Ello es tanto más injusto y terrible cuanto que cuando los arquitectos Oscar Niemeyer y Lúcio Costa la parieron en 1960, los fuegos artificiales que la saludaron en medio de la tierra roja brasileña se vieron en los cinco continentes. Toda la prensa habló del acontecimiento. Y hasta el simulacro de aeropuerto de entonces llegó lo más granado de la política y de la intelectualidad del mundo entero.

Desde Fidel Castro hasta la escritora francesa Simone de Beauvoir, quien la calificó con su displicencia *made in* Barrio latino parisiense de «elegante monotonía», mientras un despreciable arquitecto británico, acostumbrado a revolcarse en los *ghetos* de miseria de su país, tan bien retratados por el cineasta Ken Loach, se atrevió a tratar a la capital de «trasero de la luna». Sospecho que emplearía una palabra un poco más vulgarota.

Pero André Malraux, escritor y hasta ministro de Cultura en los tiempos de De Gaulle, proclamó *urbi et orbi* que la recién nacida era la capital del futuro.

En los tres años de mi convivencia con Brasilia he oído de todo. El cosmonauta Yuri Gagarin no vaciló en espetarle al padre de la criatura, el presidente Juscelino Kubitschek, que tenía la impresión de haber aterrizado en otro planeta.

Un diplomático argentino, al que luego «invitaría» a marcharse el gobierno brasileño, pero no por su odio hacia todo lo que de cerca o de lejos olía a brasileño, me instruyó a mi llegada: «Mire, esto es como si el señor Yeltsin (entonces poderoso Zar de todas las Rusias) hubiese tenido la humorada de trasladar Moscú a Siberia.»

Sin esquinas y sin calles, Brasilia es una diosa inaccesible cuyas curvas, en medio de avenidas-autopistas y de edificios que charlan con Dios allá en el cielo, nadie se atreve a acariciar. Ni ella se deja. Es una diosa que no se permite que la quieran, a la que ningún mortal puede hablar de amor.

Ella sí que enamora cuando quiere y si no se convierte en Leda-Cisne, toma las formas vertiginosas de una mulata de las villas miserias de Brasilia y a veces se transforma en sureña rubia de ojos verdes. Entonces ama y se deja amar. Pero cuando ella quiere.

No se lo permite ni a esos grandes del mundo que es Brasil y quizá por eso detestan la ciudad y huyen a Río y a Sao Paulo, más enamoradizas y facilonas.

Para el común de los mortales es todavía peor, por mucho que uno busque la protección de la piedra mágica del Templo da Boa Vontade, donde algunos santos se parecen a Evita Perón y al *Che* Guevara.

Tampoco vale implorar al Cristo que se desploma desde la cúpula rayada de mil colores, en el centro de la Catedral, donde

gigantescos apóstoles de bronce forman una temible guardia pretoriana.

En el avión que me devolvía a Europa, lloré cuando empezamos a perder de vista la antigua sabana convertida en el sueño de ciudad por obra y gracia del presidente Juscelino Kubitschek, imperterritito en el mausoleo que con la hoz y el martillo le construyeron en el centro de la capital.

Lloré, quizá, como dicen que lloró el rey moro Boabdil cuando los temibles y retrasados mentales Reyes Católicos lo expulsaron en 1492 de Granada, sur de España, poniendo fin a una convivencia nunca lograda después entre judíos, cristianos y musulmanes en cualquier lugar del mundo.

Implacable, sin siquiera la piedad que da el parto de un hijo, su madre enfrentó al monarca a caballo y delante de todos los cortesanos le escupió: «Lloras como una mujer lo que no supiste defender como un hombre.»

En el avión me repetí esa terrible maldición hasta que el whisky de una azafata sonriente y morena (¿sería Brasilia, que por fin me quería y me decía adiós?) acabó con mi conciencia del bien y del mal.